

6. Capítulos y versículos

La disposición moderna de la Biblia, en capítulos y versículos, no proviene de tiempos muy antiguos. Originalmente, las Sagradas Escrituras se presentaban en manuscritos de papiro o cuero que se organizaban por libros, secciones o temas. El sistema de capítulos se introdujo en el siglo 13 por el Obispo de Cantuaria, Stephen Largon. En la ciudad de París (en el año 1231) fue que apareció por primera vez una Biblia dividida en capítulos.

La incorporación de los versículos posteriormente se llevó a efecto en Ginebra (en el año 1551). Fue el exiliado tipógrafo protestante francés, Robert Estienne, quien los introdujo para facilitar la identificación de párrafos y la búsqueda de porciones de importancia.

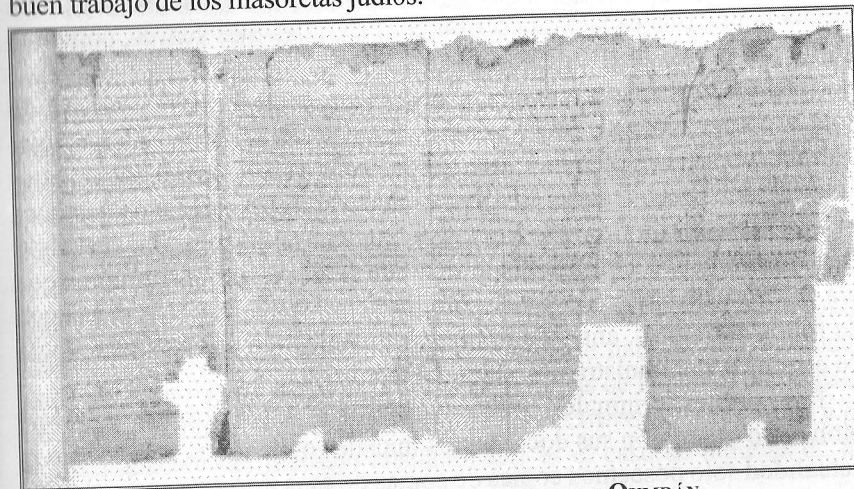
En el siglo 15, la Biblia fue el primer libro en ser publicado con el sistema de imprenta de Gutenberg. Hasta ese momento, las Escrituras solo eran conocidas, leídas y estudiadas por grupos selectos de religiosos. La gente común solo conocía lo que escuchaba de quienes sabían leer y lo que les explicaba de su mensaje. Los manuscritos en círculos de personas literatas eran objeto de veneración, reconocimiento y aprecio, pero eran desconocidos por la gran mayoría de los creyentes que no sabían leer.

7. Texto hebreo de la Biblia

Hasta los años finales del primer siglo de la iglesia, la Biblia hebrea se transmitía a través de diversas familias y grupos de copistas, quienes se encargaban de transcribir y procesar cuidadosamente los manuscritos recibidos. Al caer Jerusalén en el año 70 d.C., y con el advenimiento del grupo de los fariseos, como los representantes oficiales del judaísmo normativo, surge en la comunidad la necesidad de preservar los textos sagrados con particular esmero y determinación. De esa forma es que surgen los manuscritos que se relacionan con la tradición masorética, que alude al grupo de eruditos judíos que compilaron por el siglo 10 d.C. los manuscritos de la Biblia hebrea.

La alusión a los «masoretas» hace referencia a la «masora», que es el conjunto de notas y aclaraciones en forma de apéndice que se juntaron al texto bíblico para ayudar en el proceso de comprensión del mensaje escritural. Ese grupo excepcional de eruditos judíos, fue el que se encargó de añadir un sistema de vocales a las consonantes con que se transmitió por siglos el texto hebreo. El trabajo de los masoretas fue tan efectivo, que con el tiempo fue remplazando gradualmente otras formas de transmisión de los textos hebreos, hasta el grado que representan

los manuscritos más antiguos de la Biblia hebrea, con solo algunas excepciones (p.ej., los documentos descubiertos en Qumrán, en el Mar Muerto; <http://dss.collections.imj.org.il/>) que provienen del siglo 10 d.C. Referente a la efectividad de esos textos masoréticos, es importante indicar que los manuscritos de Qumrán confirman, en la mayoría de los casos, el buen trabajo de los masoretas judíos.

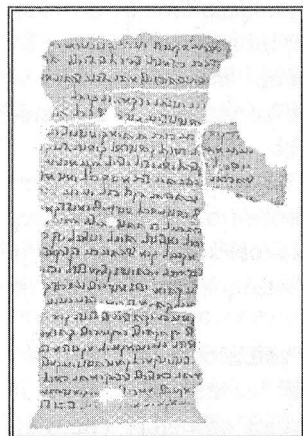


GRAN ROLLO DE ISAÍAS DESCUBIERTO EN QUMRÁN

Los libros de la Biblia hebrea fueron escritos en hebreo, aunque hay algunas secciones menores que se encuentran en arameo (p.ej., dos palabras en Gn 31.47; Jer 10.11; Dn 2.4-7, 28; Esd 4.8-6.18; 7.12-26), lenguas semíticas que provienen del mismo sector noroccidental del Oriente Medio. Los libros Deuterocanónicos se escribieron tanto en hebreo (p.ej., Sirácide, 1 Macabeos, Baruc, y algunos fragmentos de Ester), como en griego (p.ej., Sabiduría y 2 Macabeos); y además, se conservan algunas copias griegas de posibles previos manuscritos semíticos (p.ej., Tobías, Judit y algunos fragmentos de Daniel).

La escritura del idioma hebreo tuvo tres períodos importantes de desarrollo. El primer período, y el más antiguo, se relaciona con el uso de los caracteres fenicios en la grafía del idioma; posteriormente se utilizó el alfabeto de las consonantes arameas, luego del exilio en Babilonia; para finalmente llegar al sistema de las vocales del siglo 6 al 10 d.C.

Las narraciones bíblicas orales más antiguas, se redactaron primeramente con los caracteres fenicios; posteriormente se transliteraron al hebreo con las consonantes arameas; y al final del proceso redaccional, en el Medioevo, se incorporaron las vocales y los demás signos diacríticos, junto a las observaciones textuales hechas por los eruditos masoretas.



Birjis periles biolienem de' ašišo š' C. En bumer. inšat' bošemos cobiss

Las copias más antiguas que tenemos de algunas porciones de la deteriorada con relativa facilidad.

[illegible]

Los autores originales quienes inspirados escribieron el mensaje de escritura y administracion de documentos.

de lojlos boi zifijos' sutes de imbijusur. Unajmente esz unela tecnolojiz esz nua esbecie pasica de ipro)' pero jos perreos manuvieron ei zistems 3 d'C' ze comenzo a unijur. Isz formas de codices en jos berzaminos (due due manutensu aj lojlo en zu jngar y facijitarsu zu manelo'. Hacis ei zifio ze enrojars pasz jlegar aj unaj' en donde tens nua esbecie de pasiones o piz de babrio o berzaminos' de acuerfo con isz extension del documento' lojlos (cf. b'6)' 11 30'3: 13 3: 1' 3a 2: 1' 2aj 40'8: 10 31' 32): nua isziz pols'

ԴԱՏ ԷՏՈՒՄԱՆ ՏԵ ԽԵՅԱԻՐՔԱՆ՝ ՋԱՆԱԳՔԱՆ Լ ՊԻՏՈՒՄԱՆ ԵՄ ԽՈՒՄՆ ՊԵ
ԽՅՈՒՆՈՑ (ԴԻ ԴՂԴ՝ ԽՐ ԻԾՆԳ՝ 3 ԽՍ Ի3):

de quimante' o ja caysa baysa escribir en materiales mas suaves' como los
berizaminos. El instrumento de escribir era el estilete de piedra con punta
paysa tsipias de atchija (Ez 4'1). Ademas' se escribia en cueto' bapitos y
de bjoimo' p'rouce' baysa n oro (1p 1a'34: 1s 8'1: 1 M 8'33: 14'18' 30)
cupientas de cay (Dr 51'5) paysa tsipillias de paito cociqo'. Desqde tsipias
aynados. Por ejemplo' qesqde biedias rayas (Ez 54'13: 31'18: 34'1) o

Los materiales que se utilizaban para escribir los textos pericos eran

MAR. WINGFO.

comunidades esenias due vivían en la región del
 s otras orlas de gran importancia bas la
 todos los tipos de la Biblia peries' luto
 de Qumran contienen numerosas obras de esai
 y la oración Shema (Dt 6:4-5). Los manuscritos
 contiene parte del Decálogo (Ex 20: Dt 2:6-50)
 en donde fueron encontrados. El babilio Nasy
 condiciones climáticas desérticas de los lugares
 manuscritos se debió principalmente a las
 Muerto. La preservación de estos importantes
 las cuevas de Qumran' muy cerca del Mar.
 los famosos manuscritos descritos en
 del babilio Nasy' y asimismo disponibles de

las iglesias cristianas recibieron de esta versión el texto fundamental para
judíos de la diáspora que no dominaban el idioma hebreo. Posteriormente,

Por varios siglos, la LXX fue la Biblia que utilizaron las comunidades Alejandría, Egipto.

griegas de la Biblia puestas, due temas el grupo de judíos due vivía en Este tipo de leyenda pone de manifiesto el gran aprecio a esta versión due transmitieron por separado pero produjeron documentos idénticos. se redondeó a 70), seis por cada una de las tribus tradicionales de Israel. Judíos de Jerusalén enviaron a un grupo de 72 traductores (número due due experimento esta particular traducción, en el cual las autoridades Pseudo-Aristóteles, due intentó explicar el proceso milagroso de redacción La referencia a «los setenta» proviene de una narración en la Carta de sistemático de transmitir el mensaje de la Biblia puestas en otro idioma. Teodocio y Simaco. La LXX posiblemente constituye el primer intento también conocida como de los Setenta o LXX, y las versiones de Aquila, Entre las versiones griegas de la Biblia, se encuentran la Septuaginta,

a) Versiones siguientes

traducciones bíblicas al griego y al latín.

la diseminación del mensaje cristiano. Ese es el caso de algunas de las
un papel protagonista en el desarrollo de las doctrinas de las iglesias y en
judía antigua. Algunas de estas versiones antiguas de la Biblia son lugares
manuscritos y textos a los diversos idiomas que papirsa la comunidad
Las versiones de la Biblia hebreas son las traducciones de esos antiguos

8. Versiones antiguas de la Biblia hebreas

expresiones difíciles de entender en el TM.

la versión griega de la LXX, que es muy útil para la comprensión de
siglo I y 2 d.C. Otra familia importante de manuscritos se relaciona con
un grupo docto, escrupuloso y muy especializado de eruditos por los
en referencia a las consonantes de los manuscritos, que fue usada por
la revelado que representa una tradición muy antigua, especialmente
en el estudio de la Biblia, el análisis crítico del Texto Masorético (TM)
antiguos, tanto hebreos como griegos, cargan gran peso e importancia
que de hoy es el masorético (TM). Aunque otras familias de manuscritos

El texto perico de mayor autoridad y respeto entre los eruditos es

Como la LXX era el texto bíblico usado por los cristianos en sus argumentaciones contra los judíos, con el tiempo, esta importante versión griega se convirtió en una esencialmente cristiana, y las comunidades judías de habla griega comenzaron a utilizar otras versiones. Los judíos, poco a poco, comenzaron a rechazar la versión de los LXX por el uso que le daban los cristianos y por algunas diferencias que presentaba con respecto al texto hebreo. De esta forma paulatina, las versiones de Aquila, Teodocio y Simaco sustituyeron a la LXX, entre los lectores judíos.

De acuerdo con las tradiciones rabínicas, Aquila fue un pagano converso al judaísmo, oriundo de Ponto, que tradujo la Biblia hebrea al griego, con suma fidelidad al TM. En su traducción intentó, inclusive, reproducir en griego palabra por palabra el texto hebreo, incluyendo los modismos del lenguaje. Esas características lingüísticas y teológicas hicieron de esta versión griega la más popular entre las sinagogas de la diáspora, posiblemente por cuatro siglos, hasta la entrada de la época árabe.

Teodocio fue un judío converso de Éfeso, que por el año 180 d.C. revisó la traducción de los LXX, con la finalidad de adaptarla a las necesidades de la comunidad judía. Esta traducción, sin embargo, aunque era una intento por hebraizar el texto de los LXX, carecía de elementos anticristianos, y fue rechazada por la comunidad judía y apreciada por la cristiana.

Símaco era un judío fiel que con el tiempo se incorporó a las comunidades de los ebionitas. Por el año 200 d.C., y posiblemente para mejorar la traducción de Aquila, revisó nuevamente el texto griego de la Biblia. En esta ocasión, es de notar, que no se apegó tanto a la literalidad del texto hebreo y buscó transmitir con fidelidad el sentido fundamental de los pasajes particularmente difíciles de las Escrituras.

De estas tres versiones griegas, Aquila, Teodocio y Símaco, no tenemos lamentablemente los manuscritos completos. Solo poseemos algunos fragmentos que han sobrevivido parcialmente en las famosas Hexaplas de Orígenes, que consiste en una publicación que dispone siete versiones de la Biblia en paralelo. En esta importante obra, se encuentran inclusive referencias a otras versiones griegas y antiguas de la Biblia, las cuales conocemos principalmente por su ubicación en la obra. De particular importancia son las versiones que se encuentran en las columnas quinta, sexta y séptima.

b) Versiones arameas

Cuando el hebreo comenzó a ser sustituido por el idioma arameo, luego del regreso del exilio en Babilonia, la comunidad judía sintió la necesidad

de traducir y presentar sus documentos sagrados en esa nueva lengua. Las versiones arameas de la Biblia se conocen como targúmenes, que proviene del hebreo que significa traducción. Esas nuevas traducciones de la Biblia se utilizaban de forma destacada en las sinagogas, pues vertían al arameo las lecturas bíblicas del idioma hebreo. Servían de base para las liturgias y especialmente las explicaciones, enseñanzas y sermones. Eran esencialmente explicaciones libres, y en ocasiones expandidas o parafrásticas, de los textos bíblicos.

En sus comienzos, estas traducciones se producían de manera oral, pues se llevaban a cabo a la vez que se presentaban los pasajes bíblicos en el culto sinagogal. Con el tiempo, sin embargo, se fijaron en formas literarias, y se les añadían, inclusive, comentarios y reflexiones de naturaleza doctrinal, pedagógica y homilética. A su vez, estas nuevas traducciones de los manuscritos inspirados, eran una forma novel de interpretar y aplicar esos importantes textos sagrados.

Existen traducciones arameas o targúmenes de todos los libros bíblicos, con la posible excepción de Esdras, Nehemías y Daniel. El uso de estas versiones bíblicas llegó hasta el período neotestamentario, como se desprende de la presencia de los Targum de Job y de Levítico entre los manuscritos de Qumrán.

En torno a la Torá, se han encontrado cuatro targúmenes. El primero, redactado en un arameo babilónico, y ciertamente el más antiguo e importante del grupo, se conoce como el Targum de Onkelos. El manuscrito que poseemos proviene posiblemente del siglo 1 ó 2 d.C., y presenta una paráfrasis sobria de las narraciones y las leyes del Pentateuco. Los otros targúmenes se han redactado en arameo palestino, y presentan paráfrasis más libres de los textos bíblicos. El Targum Yerushalmi I o de Pseudo-Jonatán; Targum Yerushalmi II o *Fragmentarium*, del cual se conservan solo unos 850 versículos; y el Targum Neophyti, que se encontró en la Biblioteca del Vaticano en 1956.

Referente a la sección de los profetas o Nebiim en la Biblia hebrea, el Targum de Jonatán ben Uzziel contiene las traducciones parafrásticas de los profetas anteriores y posteriores. Aunque es de origen palestino, este targum recibió su edición definitiva en Babilonia en los siglos 3 y 4 d.C. Se atribuye a Jonatán, que es posiblemente un discípulo distinguido de Hillel, el gran rabino del siglo 1 d.C.

De los Escritos o Ketubim existen manuscritos de casi todos sus libros; del libro de Ester se poseen tres manuscritos. Redactados en un arameo palestino; contienen traducciones e interpretaciones del texto bíblico que provienen de diversos períodos históricos

y de diferentes autores. Su edición definitiva se produjo entre los siglos 8 y 9 d.C.

c) Otras versiones antiguas

Otras versiones del texto hebreo circularon en diferentes contextos judíos y cristianos en la antigüedad. Entre ellas, de particular importancia, son las traducciones al latín y al sirio, que han tenido un uso generalizado en las iglesias.

1. *Versiones occidentales.* Entre estas versiones occidentales, las versiones latinas merecen especial atención, por su importancia en la historia de la iglesia, así como en la exégesis y el desarrollo doctrinal. La primera de estas versiones es la *Vetus Latina*, que es la forma tradicional de referirse a las traducciones al latín antes de la obra de San Jerónimo. El propósito de estos esfuerzos de traducción bíblica, incluía la expansión del cristianismo por todo el mundo conocido de Occidente, en un momento en que el latín se había convertido en la lengua principal de la región.

Dos de estas versiones griegas merecen especial atención: La primera proviene del África, c. 150 d.C.; y la segunda, posiblemente de Roma, entre los siglos 2 y 3 d.C. Ésta segunda versión latina es superior a las otras versiones por la fidelidad al texto hebreo y la claridad en la comunicación. El texto base para el AT fue la LXX.

La versión de la Biblia conocida como la Vulgata ha jugado un papel protagonista en la historia de la iglesia cristiana, pues se convirtió en texto bíblico oficial de la Iglesia Católica hasta épocas muy recientes. San Jerónimo llevó a efecto esta traducción (383-404/6 d.C.), en la histórica ciudad de Belén, por encomienda expresa del Papa San Dámaso, que quiso tener una edición de la Biblia que ayudara a superar las dificultades textuales y las confusiones teológicas que generaban los previos diversos esfuerzos latinos de traducción.

De los esfuerzos de traducción de San Jerónimo, el más importante, posiblemente, es la traducción del AT, que llegó a formar parte de la Vulgata y que se convirtió en el documento bíblico definitivo por siglos de las iglesias. Esa traducción se basó en el texto hebreo que se utilizaba en la sinagoga local de Belén, que era un texto en la tradición del TM. El trabajo de San Jerónimo incluyó la traducción de todos los libros del protocanon, y de los libros deuterocanónicos de Tobías y Judit. Tradujo, además, las secciones apócrifas o deuterocanónicas de Daniel del texto griego de Teodocio.

Entre las características fundamentales de la Vulgata latina, se encuentran la fidelidad que manifiesta a las lecturas del texto hebreo y la gran capacidad de comunicación y elegancia del latín. Una de sus preocupaciones básicas fue hacer inteligible el mensaje bíblico, añadiendo, inclusive, en ocasiones, alguna nota marginal que expandía la comprensión de algún término o explicaba con sencillez y profundidad conceptos de importancia teológica, como por ejemplo las referencias al Mesías.

Respecto a la Vulgata, debemos añadir que el Papa Paulo VI creó una comisión pontificia especial para la revisión de este texto latino antiguo. De esos importantes esfuerzos y trabajos, se produjo la Neovulgata, que es una edición latina de la Biblia que, aunque conserva en su mayor parte la antigua traducción de San Jerónimo, incorpora en sus textos los descubrimientos, las contribuciones y los progresos de las ciencias bíblicas contemporáneas. Su utilidad actual se relaciona con la liturgia y la exégesis. Desde la perspectiva técnica y científica, esta nueva edición de la Biblia en latín se fundamenta en los mejores textos críticos, tanto del AT como del NT.

Otras versiones occidentales de la Biblia merecen alguna consideración, como las traducciones a las lenguas gótica y eslava. De la primera, debe indicarse que es la obra literaria de más antigüedad en lengua teutónica, y fue realizada por el Obispo Ulfilas a mediados del siglo 4 d.C. ¡Para su redacción se necesitó crear un nuevo alfabeto! Referente a la eslava, es menester indicar que la primera versión se produjo con una finalidad esencialmente litúrgica, por los hermanos Cirilo y Metodio (siglo 9 d.C.). Esta versión constituye el texto eclesiástico básico para las iglesias eslavas desde el siglo 15 d.C.

2. *Versiones orientales.* Las versiones de las Sagradas Escrituras en el mundo eclesiástico del Oriente son principalmente las Biblias en los idiomas sirio, copto, armenio, etíope, georgiano y árabe. Estas ediciones de la Biblia contribuyeron sustancialmente a la expansión del cristianismo y al desarrollo de las grandes doctrinas de las iglesias de esta región.

En esta tradición de traducciones bíblicas una versión siria merece tratamiento especial. Conocida desde el siglo 10 d.C. como la Peshita (que significa corriente, común o usual), es una obra de varios autores, aunque no podemos precisar si fueron judíos o cristianos. La traducción del AT se llevó a efecto en el siglo 2 d.C., y se fundamentó en algunos manuscritos hebreos con diferencias importantes del TM. Posteriormente fue revisada y corregida a la luz de la versión de la LXX. Desde muy temprano en la historia, esta versión gozó de gran popularidad entre los

cristianos de habla siria, y contribuyó de forma destacada a la expansión del cristianismo en esa región.

La versión de la Biblia al idioma copto obedece al rápido crecimiento del cristianismo en Egipto. Hay cuatro versiones coptas, y de ellas, la bohaírica, ha sido la más difundida y utilizada por las iglesias. Inclusive, esta versión copta ha permanecido en la liturgia hasta nuestros días. La traducción del AT proviene de los siglos 2 y 3 d.C., y se basó en la versión de la LXX.

En el idioma armenio, la Biblia fue traducida en el siglo 5 d.C., y utilizó como base, posiblemente, la versión siria o Peshita, que se incluye en la obra Hexapla de Orígenes. Se conoce como la reina de las versiones de la Biblia, por la calidad literaria de la traducción.

La traducción de la Biblia al idioma etíope se inició, posiblemente, a mediados del siglo 4 d.C., y utilizó como base el texto de la LXX. La versión georgiana proviene del siglo 4 d.C. Las traducciones al árabe, que se llevan a efecto luego del desarrollo del Islam y la conquista árabe del Oriente, vienen del siglo 8 d.C. (aunque el evangelio se predicó en lengua árabe quizá desde antes del siglo 3 d.C.), y el AT se tradujo tomando en consideración los textos hebreos, de la LXX y la Peshita.

3. *Versiones políglotas europeas.* Durante el Medioevo, los esfuerzos por traducir la Biblia a los diversos idiomas nacionales, continuó e inclusive se incrementó. Esos proyectos, sin embargo, no siempre intentaban producir todas las Sagradas Escrituras. Eran más bien proyectos parciales, en ese contexto de traducción y producción de Biblias, específicamente en Europa, comenzaron a imprimirse una serie multilingüe de ediciones de las Escrituras, que se conocen como las Biblias políglotas. Estas Biblias contenían, por lo general, las lenguas originales y uno o más versiones a diversos idiomas europeos.

Entre las ediciones más importantes de las Biblias políglotas se encuentran cuatro, que se conocen como ediciones «mayores», y se identifican por el nombre de la ciudad donde fueron editadas e impresas.

- Políglota Complutense o de Alcalá: 1514-1517, 1522
- Políglota de Amberes o Antuerpiense o Regia: 1569-1572
- Políglota Parisiense: 1629-164
- Políglota Londinense o Waltoniana: 1645-1657

9. Traducciones de la Biblia al castellano

Como el latín se mantuvo como la lengua literaria en España hasta mediados del siglo 12, las traducciones al idioma del pueblo, que ya manifestaba características propias y definidas, se pospuso hasta esa época. Entre los siglos 13 y 15 se produjeron varias traducciones en lengua castellana, tanto por eruditos judíos como cristianos. De particular importancia fueron las Biblias traducidas por judíos y protestantes en el siglo 16.

Posiblemente, la más famosa de las traducciones judías castellanas de ese período es la Biblia de Ferrara o Biblia de los Hebreos (1533). Luego apareció la muy celebrada traducción de Casiodoro de Reina, impresa en Basilea, y conocida como la Biblia del Oso, por el grabado en su portada (1569). Esa importante versión castellana fue seriamente revisada por Cipriano de Valera (1602) en Ámsterdam. Esta edición revisada de la Biblia, conocida como la tradición de traducciones Reina-Valera, ha sido una de las más importantes en el mundo de habla castellana, particularmente en comunidades protestantes o evangélicas, en sus diversas revisiones, hasta el siglo 21.

Junto a la tradición Reina-Valera, se pueden identificar otras versiones castellanas de la Biblia que poseen gran importancia, ya sea por su calidad literaria y fidelidad a los originales, o por el uso que tienen en las comunidades de fe, tanto católicas como protestantes o evangélicas. A continuación se identifican algunas de las Biblias castellanas más prominentes, con su fecha de publicación, identificadas por su traductor principal o por la casa editora. La siguiente lista no pretende ser exhaustiva ni completa. Es solo una guía de estudio.

- Felipe Scio de San Miguel: 1790-1793
- Félix Torres Amat: 1823-1825
- Eloíno Canar Fuster y Alberto Colunga: 1944, Rev. 1974
- José María Bover y Francisco Cantera: 1947, Rev. 1962
- Francisco Cantera y Manuel Iglesias González: 1975
- Juan Straubinger: 1948-1951
- Biblia de la Casa de la Biblia: 1966, Rev. 1992
- Martín Nieto: 1965, Rev. 1988
- Biblia de Jerusalén: 1967, Rev. 1975
- Biblia para la iniciación cristiana: 1977
- Biblia latinoamericana: 1969
- La Biblia. Dios habla hoy: 1979
- La Nueva Biblia Española: 1975

- La Biblia de Navarra: 1975-2002
- El libro del pueblo de Dios. La Biblia: 1981
- La Biblia Reina-Valera: 1909, 1960, 1995
- La Biblia. Nueva Versión Internacional: 1999

10. Diversos métodos para el estudio de la Biblia

La Biblia es un documento complejo, tanto por su extensión y antigüedad, como por la variedad de géneros literarios que expone, y los asuntos y temas que presenta. Sin embargo, por su naturaleza religiosa, y también por los valores morales y espirituales que tiene entre las personas creyentes, su estudio riguroso y ponderado, para que sea provechoso, demanda la elaboración de metodologías que contribuyan positivamente a apreciar su carácter, descubrir el sentido, disfrutar sus enseñanzas, facilitar su comprensión, y propiciar la aplicación de los valores expuestos.

Para atender esas importantes necesidades de comprensión y para superar las complejidades y dificultades que se manifiestan en estos documentos, se ha desarrollado con el tiempo diversas formas de estudiar las Escrituras. Cada metodología contribuye, desde su particular perspectiva, al esclarecimiento de los asuntos expuestos, así como al entendimiento de los principios y conceptos que se articulan y enuncian.

En el mundo de las ciencias bíblicas y los análisis rigurosos de las Escrituras, este tipo avanzado de metodología de estudio se identifica con la expresión «crítica» que, lejos de ser una expresión peyorativa hacia las Sagradas Escrituras, alude al análisis profundo, a la evaluación sosegada, y a la ponderación cuidadosa de los documentos y los libros estudiados. En ese proceso, se analizan detenidamente los acentos, las palabras, los silencios, las frases, los pasajes, las secciones y los libros de la Biblia, desde diversas perspectivas, como por ejemplo, las estructurales, literarias y temáticas.

La crítica de las fuentes está interesada en el análisis de la estructura literaria, el vocabulario y el estilo que se manifiestan en los textos bíblicos, para así descubrir las diversas tradiciones orales y escritas que lo componen. Este particular tipo de estudio, nos puede ayudar a precisar las posibles fechas de composición del pasaje escritural bajo consideración. Esta metodología ha sido de gran utilidad para la comprensión. Por ejemplo, del Pentateuco, con la llamada «teoría documentaria», que intenta descifrar sus complejos procesos de transmisión oral y literaria, y

la final redacción y edición de la obra, al identificar y analizar las diversas fuentes que lo componen.

Otra forma de estudios bíblicos de gran importancia se conoce como la crítica de las formas. En esta metodología se intenta analizar las formas literarias de los pasajes estudiados para relacionar esas porciones con las fuentes orales previas a su fijación escrita. Con este análisis, además, se desea comprender el proceso de transmisión oral o literaria del pasaje, antes de adquirir su forma definitiva en la Biblia. Con esta metodología se han estudiado, por ejemplo, las narraciones de los patriarcas y matriarcas de Israel, y también los Salmos. El resultado de estos estudios ha beneficiado en gran manera la comprensión de estos textos, pues nos ha permitido entender mejor los entornos históricos y sociales en que esos pasajes antiguos fueron transmitidos de generación en generación.

La crítica de la redacción es la metodología que desea identificar los diversos géneros literarios y los temas de los libros de la Biblia para descubrir las fuerzas teológicas y temáticas que motivaron a los autores sagrados a relacionar esos materiales antiguos. Este tipo de análisis, contribuye sustancialmente a la comprensión de los pasajes bíblicos en su forma canónica final, lo que es una gran ayuda en la aplicación de las dinámicas hermenéuticas. Al aplicar este método de estudio bíblico a los dos relatos de la creación de Génesis (Gn 1.1-2.3a; 2.4b-3.24), por ejemplo, se descubren, entre otras, una serie importante de diferencias temáticas, teológicas, estilísticas y literarias.

Para atender el texto bíblico en su forma canónica, definitiva y final, se han elaborado diversas formas de críticas literarias. El objetivo de esta metodología es descubrir el significado que tenía alguna porción bíblica para la comunidad antigua que lo escuchó. Estas distintas formas de estudios bíblicos analizan las Escrituras para descubrir sus virtudes estéticas significativas, que contribuyen de forma destacada al descubrimiento y disfrute del sentido de los pasajes.

Este método es una manera de reaccionar a los procesos de estudio bíblico que se especializan en descomponer los pasajes en diversas partes y secciones, tanto orales como literarias. Es una forma de tomar muy seriamente en consideración lo que, en última instancia, produce sentido en la persona que lee un pasaje: Su estado literario final, que ciertamente es el documento que poseemos y podemos estudiar con seguridad.

El estudio de las parábolas de Jesús se ha beneficiado grandemente de estos análisis literarios, pues el descubrimiento de sentido requiere

que las personas que leen y estudian estas piezas literarias, se incorporen en el proceso pedagógico, y que se sientan aludidas e interpeladas por el mensaje, y además, que respondan al propósito transformador del discurso. También en el estudio de las narraciones patriarcales, estas metodologías han sido de gran ayuda, pues la comprensión de estos relatos requiere que los lectores y lectoras lean entre líneas y suplan alguna información que se presupone pero que no se brinda en forma clara en los pasajes.

Las metodologías relacionadas con la crítica literaria descubren y destacan el importante papel que juega el lector o lectora en los procesos de estudio y comprensión de la Biblia. Las Sagradas Escrituras se componen de documentos literarios que manifiestan ciertas características estéticas, literarias, espirituales, morales, educativas, éticas, teológicas y filosóficas, a las que las personas lectoras reaccionan desde sus diversas perspectivas y experiencias de vida. En estas formas de estudio, el contexto en que se encuentran los lectores y las lectoras, juega un papel protagónico en las dinámicas de acceder al texto, descubrir el sentido y comprender los pasajes bíblicos.

Estas metodologías de análisis presuponen también que el sentido no lo produce únicamente el autor de algún documento, sino que las personas que lo leen, desde sus realidades diarias, también contribuyen al descubrimiento y disfrute de esos diversos niveles semánticos. Ni el texto ni los lectores son recipientes pasivos de las ideas y los conceptos, también los contextos, tanto del pasaje bíblico como de los lectores, juegan un papel de importancia en los procesos de comprensión de los pasajes.

Por la importancia que juega el lector o lectora en estas formas dinámicas de estudios bíblicos, diversos grupos y sectores de la comunidad han incorporado estas metodologías literarias a sus modos continuos de estudio de las Sagradas Escrituras. Estas formas de estudio han sido particularmente importantes en sectores sociales y en comunidades que han sido víctimas de procesos de opresión y cautiverio, y políticas de marginación y rezagos. Diversos grupos minoritarios han visto en estas metodologías de estudios bíblicos una gran ayuda para entender la Biblia con virtud liberadora y con poder transformador.

Ese es el particular caso de las mujeres que han descubierto el carácter patriarcal y misógico de los documentos bíblicos, y han comenzado a leer los documentos bíblicos en clave de liberación. Al comprender que la Biblia procede de esos ambientes y contextos fundamentados prioritariamente en las perspectivas masculinas de la sociedad y la

existencia humana, han elaborado lecturas alternativas que brindan esperanza y futuro a las mujeres.

Las metodologías literarias han sido importantes en el desarrollo de las teologías latinoamericanas, pues han relacionado las vivencias, los dolores y las miserias de los grandes sectores empobrecidos del continente, con los relatos de la salida de los israelitas de la opresión del faraón de Egipto, bajo el liderazgo de Moisés. También en la teología del Oriente Medio, particularmente en la palestina, estas metodologías literarias han sido fundamentales para redescubrir el tema de la esperanza, en sociedades inmersas en continuos conflictos políticos y guerras que parecen humanamente insalvables.

Para las personas que leen y estudian la Biblia, estas diversas metodologías de estudio son herramientas útiles para descubrir el sentido y para facilitar la comprensión del mensaje. Estas metodologías, sin embargo, son solo herramientas de estudio, y no constituyen un fin en sí mismas, sino que son parte de un proceso pedagógico y literario que puede contribuir positivamente a un mejor entendimiento y disfrute del mensaje escritural.

La gente que llega a las Sagradas Escrituras desde la perspectiva de la fe, afirma que estos documentos tienen gran autoridad espiritual y moral, y fundamentan su estilo de vida y prioridades en la existencia humana, en los valores y las enseñanzas que se desprenden de estos importantes documentos religiosos. Estas lecturas reconocen que la Biblia contiene la Palabra de Dios, y que su mensaje tiene gran relevancia y pertinencia en las sociedades contemporáneas.

2

EL MUNDO DE LA BIBLIA HEBREA

*En el principio creó Dios los cielos y la tierra.
La tierra estaba desordenada y vacía,
las tinieblas estaban sobre la faz del abismo
y el espíritu de Dios se movía
sobre la faz de las aguas.
Génesis 1.1-2*

1. La región de Palestina

La comprensión adecuada de la Biblia hebrea requiere un entendimiento básico de las fuerzas físicas, sociales, políticas, económicas y religiosas que sirvieron de marco a la historia del pueblo de Israel. Inclusive, la topografía de la región fue determinante en la vida cotidiana de individuos y comunidades que poblaron sus ciudades.

La necesidad de este entendimiento se pone claramente de manifiesto al estudiar las narraciones bíblicas y notar las continuas referencias a la naturaleza y al ambiente, las alusiones repetidas a los pueblos vecinos y a la geopolítica de la época, así como la evocación reiterada a las culturas e imperios circundantes a Jerusalén. No es posible estudiar, analizar y comprender la Biblia hebrea sin, por lo menos, un conocimiento general de las múltiples dinámicas que rodearon la vida del pueblo hebreo a través de su historia nacional.

El entorno geográfico que fue el contexto histórico de las narraciones de la Biblia hebrea es, principalmente, una pequeña franja de terreno que está enclavada al este del Mar Mediterráneo. Rodeada por los grandes imperios de la antigüedad (Egipto, Asiria, Babilonia, Persia y Roma),

esta región jugaba un papel protagónico en la geopolítica de su época, ya que era el puente entre Asia, África y Europa.

En muchas ocasiones, por estas particulares características geográficas, las políticas internas nacionales dependían de las decisiones de las grandes potencias vecinas; en efecto, las decisiones locales en Palestina respondían a las prioridades de los principales centros de poder en la región, que en ocasiones es conocida como el Creciente Fértil.

De gran importancia, además, es entender las luchas internacionales que llevaban a efecto los gobernantes de esos imperios antiguos. Para la comprensión de diversas porciones bíblicas en la literatura profética, por ejemplo, hay que estar conscientes de las políticas, acciones e intenciones intervencionistas de estos imperios, y hay que notar el crecimiento político y militar de varias naciones, durante el período bíblico. Esas fueron las dinámicas a las que respondieron teológicamente los profetas, y esas son las dificultades a las que aluden las plegarias intensas de los Salmos.

La época de Moisés hay que relacionarla con Egipto; y los relatos de los triunfos militares de David, deben ser evaluados a la luz del conflicto con los filisteos del momento. Igualmente el ministerio de Ezequiel hay que analizarlo con el telón de fondo del imperio babilónico, y posteriormente el persa. El mensaje del libro de Isaías, responde a las diversas crisis que generaban los imperios dominantes en el Oriente Medio, al querer implantar políticas militares que afectaban adversamente la región de la antigua Palestina.

Por estar ubicada en los caminos que llevaban de la antigua Mesopotamia al África y Europa, la importancia de la antigua Palestina no debe entenderse en términos de su extensión física sino como un coeficiente de su utilidad como frontera entre imperios antagónicos. En efecto, los territorios de las actuales Israel y Palestina, desde muy temprano en la historia, han estado inmersos en conflictos bélicos, invasiones extranjeras y revoluciones internas. Esas tierras, que han sido el contexto primario de la literatura bíblica, también se han caracterizado por la violencia inmisericorde y las continuas confrontaciones políticas y militares.

El nombre más antiguo con que se conoce la región, de acuerdo con las narraciones canónicas de la Biblia, es «tierra de Canaán» (Gn 11.33), aunque posteriormente, con el advenimiento de las tribus israelitas, se conoció como «Tierra de Israel» (1 S 13.19; Ez 11.17; Mt 2.20). Como por algunos siglos los filisteos, que provenían de las islas del Mar Mediterráneo, habitaron y gobernaron la región, cuando se implantó el

proceso de helenización, tanto griegos como romanos prefirieron llamar al lugar Palestina, que es el nombre propio que surge de los cambios lingüísticos de la palabra «filisteo». Durante algún tiempo, especialmente durante la administración romana, por lo menos, una sección importante de la región, se conoció con el nombre de Judea.

La topografía de la región palestina está definida por cuatro secciones básicas que brindan los espacios pertinentes para el desarrollo político, social, agrícola, familiar y personal. Son cuatro grandes franjas que corren casi paralelas del norte al sur de la región. Cada una de esas secciones tiene sus propias características geológicas internas, y también climáticas.

El primer sector topográfico cananeo se encuentra paralelo al Mar Mediterráneo, y se extiende al norte hasta cerca de la Galilea, específicamente hasta el Monte Carmelo. En esta sección de tierras arenosas, conocida como la planicie costera, es que se encuentran, al nivel del mar, varias ciudades de importancia bíblica, como por ejemplo: Gaza, Ascalón, Asdod y Jope, y un poco más al norte, Cesarea Marítima. En esa misma región se encuentra la moderna ciudad de Tel Aviv.

Al este de la planicie costera, se encuentra una sección importante de montañas de poca altura que separa la costa de la cordillera central de Canaán, Palestina e Israel. Era una especie de frontera natural entre las poblaciones de Judá y las comunidades filisteas, durante la época monárquica. Se identifica con el nombre de la Sefela palestina, que significa, acertadamente, tierras bajas o base de las montañas.

La sección central de Palestina la compone una cordillera que nace en el norte, muy cerca del Líbano, y se extiende al sur hasta el desierto del Néguev. Entre la Galilea y Samaria se interpone, en medio de las montañas, la llanura de Esdrelón o de Jezreel. En esta sección es que se encuentran las ciudades de Jerusalén y Belén (c. 800 m sobre el nivel del mar).

Al este de las montañas centrales se puede identificar la cuenca del Jordán, que incluye el Río Jordán, el mayor de la región, que en la actualidad divide los territorios de Jordania, con los de Israel y Palestina. El Jordán nace en el norte de Galilea, en la base misma del Monte Hermón, sigue al sur como 300 km, atraviesa el Lago Merón y el Mar de Galilea o de Tiberiades, y prosigue todavía más al sur, hasta llegar al Mar Muerto o Mar Salado (c. 392 m bajo el nivel del mar). En esta región palestina se encuentran la antigua ciudad de Jericó y las famosas cuevas de Qumrán, muy cerca del Mar Muerto. ¡Es la región habitada más baja de la tierra!

La región también puede dividirse en cuatro sectores o grupos poblacionales. La comunidad de Galilea, al norte; la sección de Samaria, al centro de Palestina; Judá, cuyos pobladores vivían entre montañas y en terrenos secos, que en algunas secciones se hacían desérticos; y el Néguev, que llega hasta la región del Sinaí en Egipto, esencialmente es una zona desértica y poco habitada.

El clima en la antigua Canaán o la «Tierra de Israel» es sub-tropical: Particularmente seco, árido y desértico al sur, y fértil al norte. Las montañas están llenas de piedras, condición que dificulta los cultivos familiares y complica la agricultura industrial. Al norte, sin embargo, en la llanura de Jezreel, en la sección Galilea, en el valle del Jordán, al este, y en el oeste, en la costa del Mediterráneo, abundan los terrenos fértiles, y la agricultura progresa y prospera.

Las temperaturas varían con las estaciones del año, la altura de las montañas y la hora del día. La región incluye desde climas desérticos, inhóspitos y extremadamente difíciles para la vida, hasta regiones de temperaturas cálidas y agradables. Las estaciones del año son básicamente dos: el invierno y el verano. En torno al clima que favorece la vida y la agricultura, es menester mencionar las «lluvias tempranas», que llegan entre octubre y noviembre, y las «tardías», que caen en mayo.

Esas temporadas de lluvias son de fundamental importancia para la infraestructura de la región, pues es época para almacenar el agua que se utilizará el resto del año. Respecto a las lluvias, o la falta de ellas, es importante mencionar que las sequías en la región son frecuentes y severas.

2. Rutas antiguas

Por estar entre Egipto, al sur, y Mesopotamia, al norte, siempre Israel, Palestina o Canaán han contado con una serie de rutas comerciales, así como militares, que han facilitado la comunicación, entre esos sectores distantes de la región, tradicionalmente conocida como la Creciente o Media Luna Fértil antigua.

La *Via Maris*, o el Camino del mar (Is 8.23), proviene de Egipto, y corre paralela al Mar Mediterráneo. También es conocida como el camino de la tierra de los filisteos. Era la ruta comercial por excelencia al oeste de Palestina, y junto a sus caminos, se fueron construyendo ciudades que aprovechaban el intercambio comercial y el continuo flujo de caravanas de mercaderes. Al llegar al valle de Sarón, el camino del mar se divide en dos secciones primarias: Hacia el norte, por la llanura de Acre, se

llega a Fenicia y Ugarit, y desde allá hasta la Anatolia. Y hacia el oriente, se llegaba hasta Damasco y Mesopotamia, pasando por los valles Ara, Esdrelón y Hazor. Desde Megido había un ramal que unía el Camino del mar con la Ruta de los reyes en transjordania.

La llamada Ruta de los reyes (Nm 20.17), o el Camino real, unía los países del sur de Arabia con la ciudad de Damasco. La sección que está al norte, también es conocida como el camino de Basán (Nm 21.33), fue una ruta muy popular. A la parte sur se le llama camino del desierto de Edom (2 R 3.8), desde donde surgían otros caminos hacia Egipto, Aqaba y Petra.

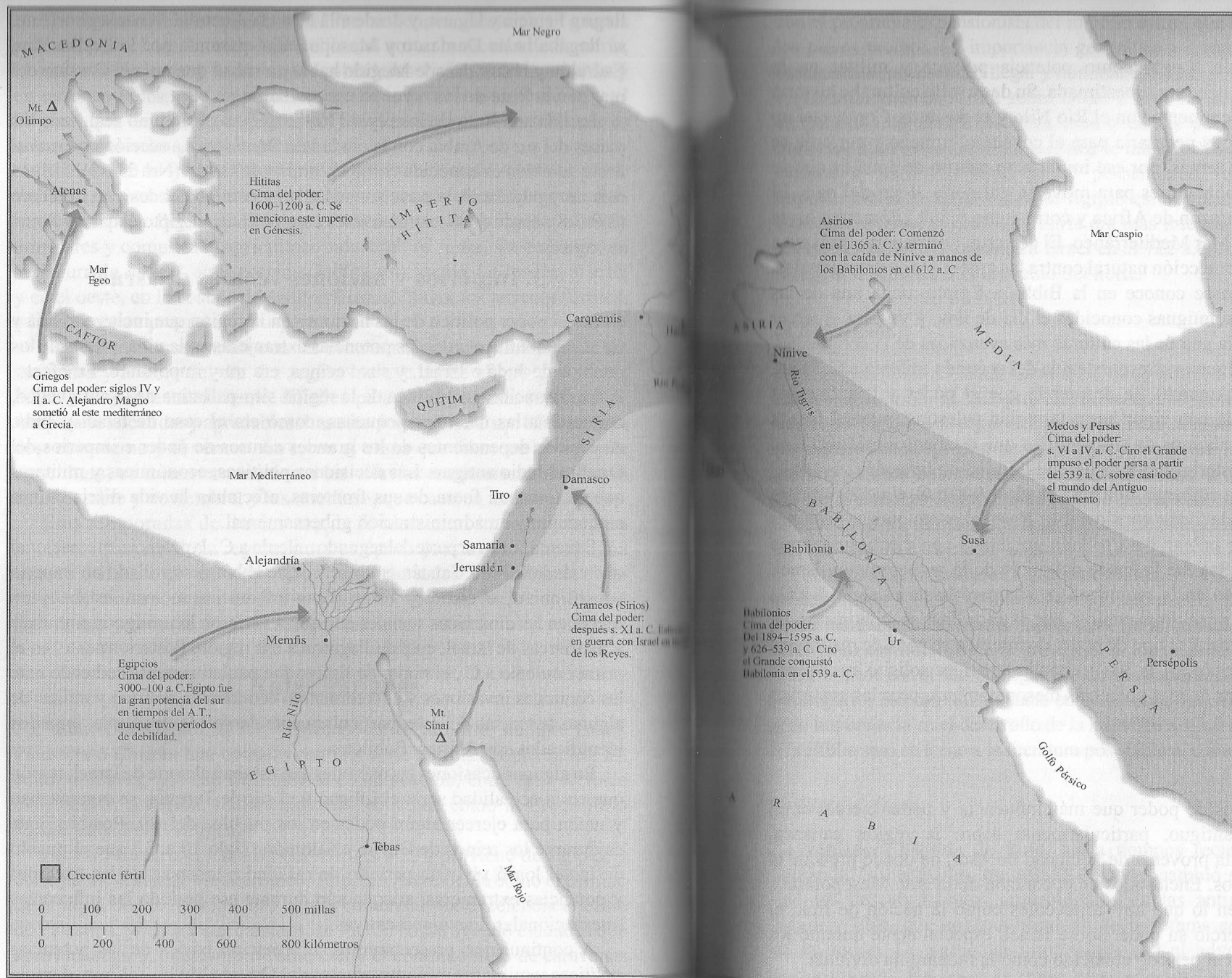
3. Imperios y naciones vecinas de Israel

Como el poder político de las naciones en la región que incluye a Siria y Canaán, la influencia de las potencias extranjeras en la vida interna de los pueblos de Judá e Israel, y sus vecinos, era muy importante. En efecto, la configuración geopolítica de la región siro-palestina de la antigüedad, convertía a las naciones pequeñas, como era el caso de Israel y Judá, en estados dependientes de los grandes centros de poder e imperios del Oriente Medio antiguo. Las decisiones políticas, económicas y militares que se tomaban fuera de sus fronteras, afectaban la vida diaria de sus ciudadanos y su administración gubernamental.

Durante la mayor parte del segundo milenio a.C., la potencia internacional que más influía en Canaán era Egipto, que había desarrollado un imperio expansionista, eficiente y firme. Esas influencias se manifestaban con fuerza en las dinámicas sociales que quizá vivieron los antiguos patriarcas y matriarcas de Israel, cuando llegaron a esa región. Posteriormente, en el primer milenio a.C., el poder de Egipto fue paulatinamente cediendo ante las continuas invasiones y el crecimiento económico, político y militar de algunas potencias del este, particularmente desde Mesopotamia, imperios identificados con Asiria y Babilonia.

En algunas ocasiones las naciones que estaban al norte de Israel, región que en la actualidad sería el Líbano y el sur de Turquía, se organizaban y unían para ejercer algún poder en los pueblos del sur. Posiblemente es durante los reinos de David y Salomón (siglo 10 a.C.) que el pueblo de Israel logró vivir un período de real independencia de las naciones y potencias extranjeras, aunque aún durante ese período las influencias internacionales eran significativas.

A continuación presentaremos información básica de las potencias políticas y militares más importantes del Oriente Medio antiguo, durante la época de la Biblia hebrea.



EL MUNDO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

a) Egipto

La importancia de Egipto como potencia política y militar en la antigüedad nunca debe ser subestimada. Su desarrollo cultural e historia se relacionan directamente con el Río Nilo y el desierto. Como casi no tiene lluvias, el agua necesaria para el consumo humano y agrícola se recibe del Nilo. Además, por ese importante cuerpo de agua es que se desplazaban sus pobladores para moverse del norte al sur del país. El Nilo nace en el corazón de África y corre como 6,500 kilómetros hasta desembocar en el Mar Mediterráneo. El desierto, por su parte, proveía a Egipto de cierta protección natural contra las amenazas internacionales.

Mizraim, como se conoce en la Biblia a Egipto, tiene una de las civilizaciones más antiguas conocidas el día de hoy, y ya para el tercer milenio a.C. poseía una de las culturas más avanzadas de la antigüedad. De la lectura de alguna correspondencia del segundo milenio a.C. (p.ej., las Cartas de El Amarna), se desprende que el poder y la influencia egipcia se extendía con vigor hasta la región palestina, pues el faraón se comunica con algunos de sus oficiales que estaban estacionados en Canaán, donde posteriormente se ubicó la ciudad de Jerusalén.

Es de notar, sin embargo, que para el año 1,000 a.C. el poder egipcio había disminuido de forma considerable. Hasta el punto que las naciones palestinas y sirias habían desarrollado gobiernos con cierta autonomía e independencia. Esa fue la época del inicio de la monarquía en Israel. El poder de Egipto en la región no se recuperó hasta el siglo 4 a.C., cuando llegaron y se implantaron las extraordinarias conquistas de Alejandro el Grande. Ese tipo de poder disminuido se pone de manifiesto en varias ocasiones (p.ej., Is 30.7), cuando Israel les solicitó ayuda ante las amenazas de las nuevas potencias mesopotámicas, pero las gestiones diplomáticas fueron infructuosas.

b) Asiria

Uno de los centros de poder que más influencia y poder ejerció en el Oriente Medio antiguo, particularmente sobre la región cananea, palestina o israelita provenía de la ciudad de Asur, de donde procede el gentilicio de asirios. Enclavados en el corazón de la gran Mesopotamia, específicamente en lo que hoy conocemos como la nación de Irak, el imperio asirio ejerció su poder sobre Israel, especialmente durante los siglos 9-7 a.C., en el período conocido como la monarquía dividida.

Este período fue testigo de la separación y hostilidad entre los gobiernos de Judá e Israel, que constituyeron los reinos del sur y del norte, y coincidió

con el programa expansionista del imperio asirio, que deseaba conquistar los países vecinos. La importancia geográfica y estratégica de Israel era fundamental, si deseaban llegar y dominar a Egipto.

La influencia de Asiria sobre Israel y Judá no se sentía únicamente en períodos de conflictos o en medio de las políticas de conquista imperial, pues entre estos dos pueblos se manifiestan grandes afinidades culturales, particularmente en el pensamiento religioso. De gran importancia es notar que aunque Egipto es un vecino más cercano, la relación de Israel y Judá con Asiria era más intensa y continua. El rey asirio, Senaquerib, conquistó a Israel en el 722 a.C., culminando de esa forma la independencia del reino del norte.

c) Babilonia

Desde Mesopotamia se desarrollaron otros centros de poder de gran importancia, como el que provino de la ciudad de Babilonia. Ya para finales del siglo 7 a.C. el poder regional se había desplazado de los asirios a los babilónicos, luego de grandes batallas y conflictos. Bajo ese gran poder político y militar babilónico fue que cayó la ciudad de Jerusalén y el reino del sur, y comenzó el importante período que se conoce en la Biblia como el «exilio» o «destierro», donde se deportaron ciudadanos importantes, de acuerdo con las narraciones bíblicas, a las ciudades de Babilonia.

Nuestro conocimiento del imperio babilónico se fundamenta no solo en los relatos de las Escrituras sino en documentos oficiales del estado, como las llamadas Crónicas babilónicas. Estas crónicas coinciden con el testimonio escritural sobre la presencia de los ciudadanos de Judá en sus ciudades, que con el tiempo llegaron a ser una importante comunidad dentro del imperio. Esa comunidad judía en la diáspora o exilio, jugó un papel de gran importancia en el desarrollo de la literatura hebrea, no solo en relación a la Biblia sino en torno a la literatura post-bíblica, como el Talmud.

d) Siria o Aram

La verdadera historia de Siria, hasta tiempos reciente, no era muy conocida. Sin embargo, ese estado de cosas cambió significativamente con los descubrimientos arqueológicos en las antiguas ciudades de Ugarit y Ebla, que nos han brindado un panorama adecuado y amplio de la región. De particular importancia con el advenimiento de esta nueva información, es el reconocimiento de sus logros culturales y la oportunidad de estudiar de primera mano las religiones de Canaán.

Los sirios constituyeron los vecinos más cercanos de Israel. Y más que una nación monolítica, unida y organizada, Siria era una especie de estados vecinos cuasi independientes, cuyas fronteras no siempre estaban claramente definidas. Desde la perspectiva del AT, los sirios se identifican como Aram, y su capital más importante era Damasco, que está ubicada a solo 82 kilómetros al noreste del Mar de Galilea. Esa cercanía hacía que cualquier conflicto y enemistad entre Siria e Israel fuera potencialmente peligroso. Tradicionalmente, entre estos dos pueblos, se establecía algún tipo de alianza temporal.

De importancia capital para la comprensión de la Biblia hebrea, es el análisis de los hallazgos arqueológicos en la ciudad de Ugarit. Por ejemplo, se encontraron entre sus restos, una magnífica colección de narraciones épicas y de ritos que nos permite estudiar las religiones cananeas desde su propia perspectiva, no desde el ángulo crítico de los profetas de Israel. Tenemos, de primera mano, algunos documentos teológicos que manifiestan paralelos importantes con la literatura bíblica.

e) Media y Persia

El poder político y militar en el siglo 6 a.C. fue moviéndose de forma paulatina hacia el sur y el este de Mesopotamia. De esa región provenían dos grupos nacionalistas poderosos, que tenían el deseo de conquistar y llegar hasta Egipto. Los medos estaban ubicados al norte de la actual Irán; y los persas poblaban el sur de esa misma región. Basados en los descubrimientos arqueológicos, ambos pueblos estaban cultural y militarmente muy adelantados.

Para lograr sus propósitos expansionistas, los medos hicieron una importante alianza con los babilónicos para sacar a los asirios del poder absoluto en el Creciente Fértil, u Oriente Medio (c. 614-609 a.C.). El triunfo de la alianza, sin embargo, no les duró mucho, pues los poderosos ejércitos de Darío, el rey de Persia, les despojó de su protagonismo político y militar en el 550 a.C.

Bajo el liderato de Ciro, los persas fueron conquistando de forma gradual los diversos reinos de la región, incluyendo Egipto, y crearon uno de los imperios más extensos y poderosos de la antigüedad, que se extendía desde la India hasta las fronteras con Grecia. Este particular imperio se mantuvo en el poder por más de 200 años, hasta que fue a su vez derrotado por Alejandro Magno.

De particular importancia para los estudios bíblicos, es la religión persa. Zoroastro desarrolló un tipo de movimiento religioso en el siglo 6 a.C., que

contenía las creencias en un solo dios y también en el reconocimiento de un sistema complejo de fuerzas benignas y malignas que afectaban a la humanidad. En ese contexto ideológico y teológico persa, es que comienzan a desarrollarse las ideas del cielo, el infierno, los ángeles y el juicio final, que posteriormente llegaron al pensamiento judío, hasta influenciar de manera importante a la literatura apocalíptica y a varios escritos del NT.

f) Fenicia

El reino de Tiro estaba ubicado hacia el norte, en la costa del Mar Mediterráneo, y al oeste de Aram o Siria. Desde antes de la época griega se le conoce como Fenicia. Además de sus proyectos de navegación comercial, una de las bases de su fama se relaciona con sus bosques. La importancia económica de los fenicios se asociaba a la capacidad que habían desarrollado para trabajar las maderas, por lo cual eran llamados de diversas partes del mundo antiguo a ejercer esas labores artesanales.

En los proyectos de construcción del Templo de Jerusalén, llevados a efecto por el rey Salomón, de acuerdo con el testimonio bíblico, los fenicios jugaron un papel de importancia, no solo por producir y proveer las maderas necesarias para el proyecto, sino porque enviaron también a sus artesanos expertos. Además, fueron los fenicios los que elaboraron el alfabeto que ha servido de base para el desarrollo de la escritura, con los sistemas de vocales y consonantes, en primer lugar por los griegos, y posteriormente, por otros idiomas indoeuropeos, incluyendo el castellano.

g) Filistea

La región que se encuentra al suroeste de Judá se conoce en las Escrituras como Filistea. En ese lugar, un pueblo que llegó del mar, de ascendencia no semita, posiblemente de la isla de Creta, estableció una serie de ciudades entre las que se encuentran: Ecrón, Asdod, Ascalón, Gad y Gaza. Esas cinco ciudades se desarrollaron en Palestina, posiblemente durante la época en que también llegaron las tribus israelitas a la misma región desde Egipto y el desierto (c. 1200 a.C.). Sus orígenes como pueblo, posiblemente se pueden ubicar mucho más al norte, quizá en la región sur de Rusia.

Con el paso del tiempo, los filisteos fueron adquiriendo poder político y militar, hasta que llegaron a un punto de esplendor y fuerza durante época de Samuel, Saúl y David. El fundamento de ese desarrollo bélico se relaciona con la capacidad que tenían de trabajar con el hierro, con el cual

hacían armas de guerra, que superaban la tecnología de las tribus israelitas, que solo utilizaban el cobre. La tecnología del hierro posiblemente la aprendieron de los hititas, que provenían de la actual Turquía.

Esa dominación militar de los filisteos, fue posiblemente una de las razones para que el pueblo de Israel tratara de responder a esos desafíos, con la instauración de la monarquía. ¡El pueblo pidió a Samuel que les diera un rey como el resto de las naciones!

Finalmente, David pudo responder a las amenazas militares filisteas, y les venció de forma definitiva, y los convirtió en sus vasallos. Aunque los filisteos lograron conseguir nuevamente su independencia de Israel, luego de la muerte de Salomón, no recuperaron nunca más su poderío militar, y en las campañas militares expansionistas y bélicas de Asiria en Palestina, terminaron su existencia cerca del siglo 8 a.C.

h) Amón, Moab y Edom

Cuando se cruza el Río Jordán desde las tierras de Canaán, Israel o Palestina, al otro lado del Mar Muerto, se encuentran dos ciudades que desempeñaron alguna importancia en varios períodos de la historia bíblica: Amón y Moab. Junto a estas ciudades-estado se encuentra Edom, ubicada al sur del Mar Muerto, que era parte de ese trío que constituyó el imperio que organizó y administró el rey David en Palestina, según los relatos bíblicos.

Entre estos pueblos existe gran continuidad histórica y lingüística. Inclusive, en uno de sus legados literarios, conocido como la Piedra Moabita, se habla elogiosamente de una gran victoria del rey moabita Meshá, al cual también se alude en la Biblia como contemporáneo del rey Acab (2 R 3.4). Además, las narraciones del Pentateuco mencionan a los reinos amoritas de Sidón y Og, que fueron vencidos por grupos de israelitas que llegaban a la región desde Egipto. Estas narraciones también mencionan a Edom, Moab y Amón, pero se indica que los israelitas los invadieron.

La relación filial entre estos pueblos también se enfatiza en la Biblia, al indicar claramente que Esaú era el padre de Edom. Sin embargo, entre Israel y Edom se manifiesta una seria enemistad que aparece reflejada en la literatura profética (Abd; Jer 49; Ez 35) y poética (Sal 137). El territorio de este pueblo estaba ubicado al sur del Mar Muerto hasta llegar al Mar Rojo, en la sección palestina conocida como el Arabá.

Moab estaba al norte de Edom, al cruzar el Mar Muerto, en el valle del río Arnón. Los moabitas era un grupo semita que adoraban al dios Chemosh, y

llegaron a la región al mismo tiempo que los edomitas. Amón está ubicado al norte de Moab entre los ríos Arnón y Jaboc, en Transjordania.

i) Reino de los hititas

Los hititas eran una comunidad no semita que estableció un imperio al sur de la actual Turquía, en Anatolia. Su capital, Hatusas, estaba situada cerca de la actual Ankara, y fue un imperio que prevaleció por varios siglos (c. 1500-1200 a.C.). Posiblemente su caída se relaciona con las invasiones de grupos del norte, entre los que pudieron estar los llamados «pueblos del mar» que se asentaron posteriormente en Filisteia. Quizá los antepasados de los hititas eran de ascendencia aria, de origen indoeuropeo.

La evidencia arqueológica relacionada con este imperio hitita revela que, como conquistaron pueblos desde Siria hasta Babilonia, incorporaron costumbres e ideas de esas culturas mesopotámicas y cananeas, que se manifiestan en el arte y en sus narraciones épicas. En varias ocasiones se menciona a los hititas en las Sagradas Escrituras (p.ej., Ex 3.8; 23.23; Jos 9.1).

j) Grecia

Con las conquistas de Alejandro el Grande, la influencia helenística comenzó a sentirse con fuerza en todo el Medio Oriente. En solo tres años organizó un ejército profesional, lo que le permitió derrotar fulminantemente a la temible y poderosa armada persa, y en un período de solo diez años, logró establecer un imperio que llegó hasta la India, en efecto, hasta el río Ganges. Sus ejércitos avanzaron con determinación no solo para lograr conquistas militares sino para implantar una nueva cultura, una manera alterna de enfrentar la vida y comprender la realidad.

Estas campañas militares de expansión y conquista estuvieron acompañadas de un agresivo y efectivo proceso educativo y de avance cultural, que propició que en solo un siglo el Oriente Medio estuviera fuertemente influenciado por la cultura griega, como se pone en evidencia al estudiar el arte, la política, la religión y la filosofía de toda esa región durante ese importante período.

Cuando falleció Alejandro, en el 321 a.C., sus generales se dividieron el reino y prosiguieron con el programa helenístico que marcó de forma permanente el Creciente Fértil. Ninguna nación de la región pudo evadir esas influencias, que se manifiestan con claridad en el período intertestamentario y también en el NT.

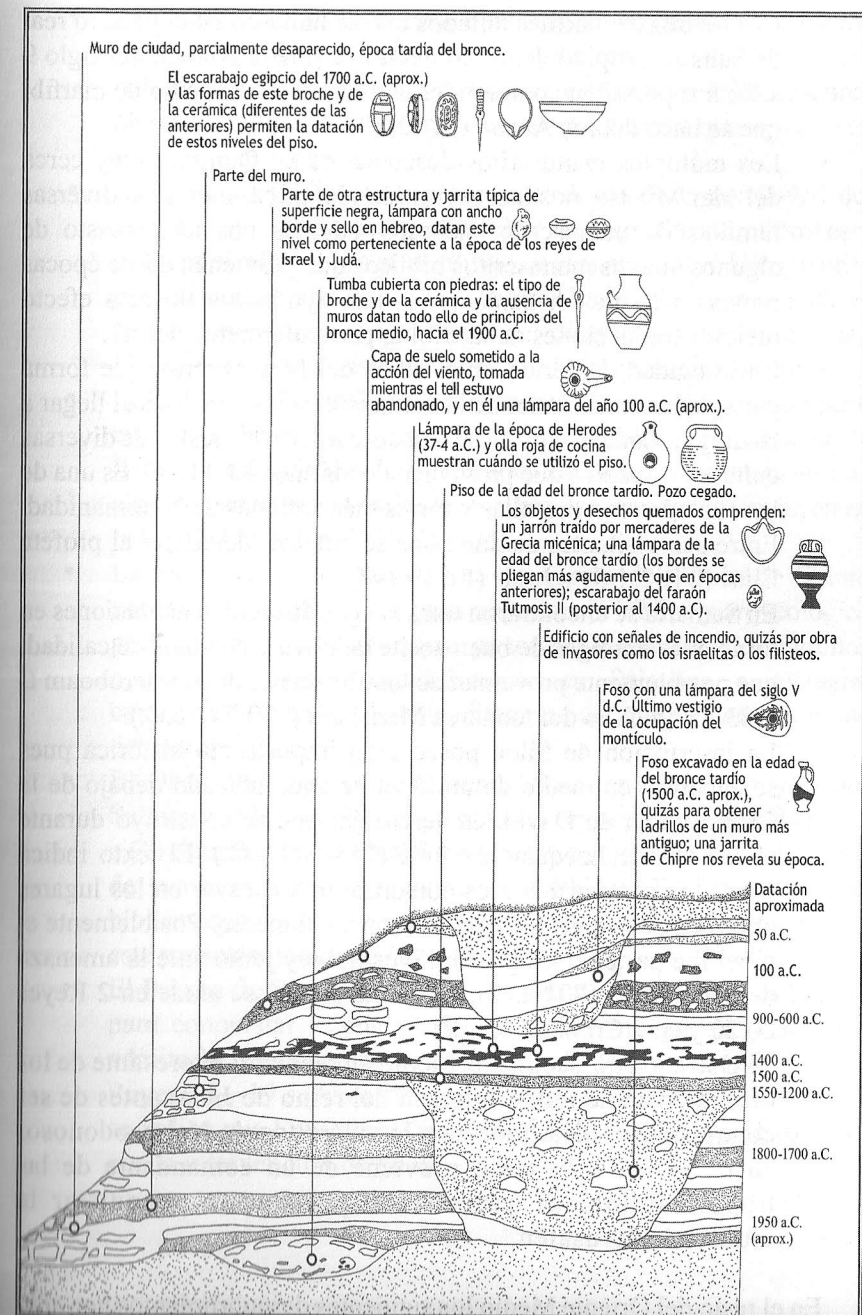
4. Arqueología y Biblia

La arqueología ha desempeñado un papel importante y ha contribuido de forma destacada al mejoramiento y profundización de los estudios bíblicos. Inclusive, las investigaciones arqueológicas en yacimientos antiguos en las regiones de Siria, Palestina, Israel, Jordania y Egipto han ayudado a esclarecer algunos pasajes bíblicos de importancia. Aunque el propósito fundamental de las ciencias arqueológicas no es corroborar ni desmentir información alguna de la Biblia, el análisis de los descubrimientos nos han ayudado a comprender y esclarecer mucho mejor el mundo del antiguo Oriente Medio, contexto en el cual surgieron los documentos que constituyen la Biblia.

Arqueología, literalmente, significa «el estudio de los orígenes»; pero como proyecto científico organizado y como disciplina académica profesional, analiza los restos de las civilizaciones antiguas, para comprender mejor el mundo social, político, religioso y cultural en que vivían. La arqueología es, en efecto, una disciplina complementaria a las ciencias bíblicas, que contribuye de manera destacada al esclarecimiento y comprensión del contexto en el cual se desarrollaron los episodios que se relatan e interpretan en la Biblia.

Posiblemente, por estas razones metodológicas, es mejor, en vez de aludir a la «arqueología bíblica», identificar esta importante ciencia no con documentos concretos que se descubren y estudian en alguna parte del mundo, en épocas específicas, sino con la región a ser estudiada. Esa es la razón fundamental por la que debemos hablar propiamente de arqueología del Oriente Medio, o de arqueología de Siria y Palestina.

- El estudio crítico y sobrio de los hallazgos de edificios, herramientas, armas, monedas, vasijas, documentos y arquitectura son de vital importancia para la comprensión adecuada de la vida diaria en los tiempos bíblicos. Entre los descubrimientos arqueológicos de importancia bíblica, en la región y tierras de Canaán, se encuentran los siguientes, a modo de ilustración:
- El Calendario Gezer, siglo 10 a.C., nos ha permitido comprender mejor la vida diaria de los agricultores de esa época, además de brindar información valiosa sobre las casas, las calles, los enseres domésticos y el estilo de vida que llevaban.
- El descubrimiento de una medida de pesos, con la inscripción «pim», nos ha ayudado a entender mejor el texto de 1 Samuel 13.21, que es el único versículo de la Biblia que incluye el término.



- Los hermosos marfiles tallados que se hallaron en el palacio real de Samaria, capital del reino del norte, que provienen del siglo 9 a.C., nos permiten comprender la referencia a la «casa de marfil» que se hace del rey Acab (1 R 22.29).
- Los múltiples manuscritos descubiertos en Qumrán, muy cerca del Mar Muerto, nos han permitido identificar mejor las diversas familias de manuscritos hebreos, además nos ha provisto de algunos nuevos manuscritos bíblicos que provienen desde épocas previas a la era cristiana, y nos han ayudado a llevar a efecto mejores traducciones de la Biblia, particularmente del AT.
- En la ciudad de Jericó, muy cerca del Mar Muerto, que forma parte de las narraciones de la conquista de los israelitas al llegar a la antigua Canaán (Jos 2), se han descubierto los restos de diversas culturas y pueblos que provienen de los años 7,000 a.C. Es una de las ciudades con murallas y torres más antiguas de la humanidad. Entre sus visitantes distinguidos se pueden identificar al profeta Elías (2 R 2.4-5) y Jesús (Lc 19.1-9).
- En Samaria se encontraron unas vasijas que tenían anotaciones en torno a las entregas de buen aceite de oliva y de vinos de calidad, que posiblemente provenían de los almacenes del rey Jeroboam II (783-752 a.C.) o del monarca Menahem (750-741 a.C.).
- La inscripción de Siloé posee gran importancia histórica pues se encontró en medio de un túnel de agua ubicado debajo de la Ciudad vieja de David, en Jerusalén, que se construyó durante el reinado de Ezequías en Judá (715-689 a.C.). El texto indica cómo los dos trabajadores comenzaron a escavar en los lugares opuestos del túnel y se encontraron en el medio. Posiblemente el túnel fue parte de los preparativos del rey judío ante la amenaza de Senaquerib (701 a.C.), incidente al cual se alude en 2 Reyes 20.20 y en 2 Crónicas 32.30.
- El Ostracón de Laquish presenta un recuento interesante de los últimos días de independencia del reino de Judá, antes de ser conquistada y destruida por los ejércitos de Nabucodonosor en c. 597 a.C. El texto proviene de un comandante de las tropas babilónicas que estaban próximas a conquistar la ciudad de Jerusalén.

En el resto del Oriente Medio los siguientes descubrimientos han sido significativos para los estudios bíblicos. Esta lista es solo parcial, pues no son pocos los hallazgos de importancia.

- El Enuma Elish es un poema Babilónico que presenta la creación del mundo y del cosmos como una gran batalla entre las fuerzas del orden y las del caos. El estudio de este poema épico descubre algunas similitudes con las narraciones de creación que se incluyen en el libro de Génesis.
- La Épica de Gilgamesh presenta el deseo de inmortalidad del antiguo rey y sus esfuerzos fallidos por lograrla. En el proceso, escucha el relato de un gran diluvio en el cual se salvó Utnapishtim por la intervención de los dioses babilónicos. El poema también revela semejanzas con el relato del diluvio bíblico, en el cual Noé y su familia fueron salvados por la intervención divina.
- El Código de Hamurabi es posiblemente el más famoso y completo cuerpo de leyes que poseemos de la antigüedad. Proviene de la Babilonia del siglo 18 a.C., y el estudio cuidadoso del texto manifiesta algunos paralelos con varias leyes y regulaciones que se incluyen en la Ley de Moisés (p.ej., Ex 21—23).
- La Estela de Merneptah es una inscripción del faraón de Egipto por los años 1225 a.C. Su gran importancia bíblica y arqueológica proviene del comentario oficial en torno a que ese año los ejércitos egipcios derrotaron decididamente en Palestina a «Israel», convirtiéndose en la referencia literaria más antigua que poseemos del pueblo bíblico.
- El Obelisco Negro es el recuento visual que dejó el rey asirio, Salmanaser III, en el cual presenta al rey israelita Jehú (841-814 a.C.) rindiéndole pleitesía al monarca extranjero, en un gesto físico de sumisión y reconocimiento de autoridad. En las referencias bíblicas que se incluyen en la Biblia de este rey no se menciona este particular incidente (2 R 9—10).
- El Prisma de Senaquerib presenta una descripción de la batalla para conquistar la ciudad de Jerusalén. Aunque el prisma no admite la derrota, insinúa que no pudo tomar la ciudad. En 1 Reyes 18—19 se hace el recuento bíblico del evento, en el cual se indica que Senaquerib atacó la ciudad pero no pudo tomarla por la intervención de Dios.

PERÍODOS ARQUEOLÓGICOS MÁS IMPORTANTES

100,000-12,000 a.C.:	Paleolítico: Antigua edad de piedra
12,000-7,500 a.C.:	Paleolítico: Antigua edad de piedra
7,500-4,000 a.C.:	Calcolítico: Edad de cobre y piedra
4,000-3,150 a.C.:	Neolítico: Nueva Edad de piedra
3,150-2,200 a.C.:	Edad de bronce temprana
2,200-1550 a.C.:	Edad de bronce mediana (Período de los antepasados de Israel)
1,550-1,200 a.C.:	Edad de bronce tardía (Período de Moisés y el éxodo)
1,200-586 a.C.:	Edad de hierro (Período de conquista y monarquía)
586-332 a.C.:	Período persa (Período del retorno del exilio)
332-37 a.C.:	Período helenístico (Época de los Macabeos)
37 a.C.-324 d.C.:	Período romano (Época de Jesús y sus discípulos)

5. Los mitos antiguos

Una de las formas de comunicación de importancia en el Oriente Medio antiguo era la literatura mítica o mitológica. Este tipo de escrito o tradición oral era de carácter simbólico, poético y figurado, y transmitía las verdades más íntimas, profundas e inefables de alguna comunidad. Los mitos, lejos de ser «mentiras», como popularmente se puede entender, ponen de manifiesto las percepciones que los pueblos tienen de sus orígenes, de eventos significativos en su desarrollo nacional, así como de sí mismos.

Entre los vecinos de Israel, se difundían una serie de relatos de orden mitológico, que articulaban las percepciones antiguas del comienzo de la historia y la creación de la naturaleza, el cosmos y la humanidad. Estos antiguos mitos de creación jugaron un papel de fundamental importancia

en el desarrollo de las ideas religiosas en todo el Oriente Medio. Como parte de la constelación de naciones que formaban parte del universo del Creciente Fértil, Israel entró en contacto con esas culturas y estuvo consiente de este tipo de género de comunicación, que se transmitía de generación en generación, no solo en formas orales, sino que, con el tiempo, adquirió carácter literario.

Los descubrimientos arqueológicos en la costa de Siria, en la antigua ciudad de Ugarit, han permitido estudiar con detenimiento una serie importante de textos míticos antiguos. Estos mitos nos permiten adentrarnos en las religiones cananeas, particularmente estudiar la religión relacionada con el dios Baal, que parece que ocupaba una posición distinguida en el panteón antiguo regional.



Uno de los mitos descubiertos alude a la gran lucha entre Baal, la divinidad relacionada con las tormentas, y un monstruo relacionado con el caos y el mar, llamado Yam, que en los textos descubiertos en Ugarit, también se conoce como dragón, leviatán y serpiente. Este dios cananeo, Yam, es posiblemente el equivalente a Tiamat, el dios del caos, en la mitología mesopotámica.

En una batalla fantástica y cósmica, Baal vence a Yam, y garantiza, de esa forma, el poder sobre las lluvias, el control de las diversas estaciones del año, y su autoridad sobre el orden del mundo. Luego de su triunfo, Baal se proclamó rey y señor de la tierra, y el dios supremo del panteón, El, le obsequia un gran templo en su honor en la ciudad de Ugarit. Posiblemente estas narraciones y poemas míticos se recitaban en los festivales anuales, relacionados directamente con las cosechas y con la agricultura en general, pues se asociaban al importante tema de la fertilidad de la tierra.

El AT incluye algunos de los temas que se ponen de manifiesto en varios mitos antiguos (p.ej., Sal 74; Sal 89; Is 51), pero los escritores sagrados transformaron o demitologizaron esos conceptos antiguos e imágenes. En los relatos de creación bíblicos (Gn 1—3), por ejemplo, no hay luchas entre las divinidades creadoras ni se vencen a los monstruos marinos para dar paso a la vida. En Israel no hay panteón con diversos dioses, pues el desarrollo del monoteísmo rechazó temprano en la

historia este tipo de percepción religiosa e incentivó la producción de su teología monoteísta.

6. Instituciones sociales

Para adquirir una mejor comprensión de la Biblia es necesario, además de conocer las dinámicas políticas nacionales e internacionales que afectaron al pueblo de Israel, entender las fuerzas sociales que se manifestaban en la vida diaria del pueblo. De fundamental importancia en este análisis son las instituciones sociales que regulaban las interacciones entre individuos, comunidades, tribus, pueblos y naciones. Siendo que el período que cubre la literatura del AT es tan extenso, hay que tomar en consideración que esas mismas instituciones variaron con el tiempo y las regiones.

a) Familias, clanes y tribus

El mundo del AT, desde el período patriarcal, manifiesta una dinámica social donde las familias extendidas se agrupaban en clanes, los clanes en tribus, y las tribus, con el tiempo, formaron naciones. El caso de Israel es similar, pues en el período previo al desarrollo de la monarquía con Samuel, Saúl, David y Salomón, las relaciones sociales seguían este tipo de dinámica social.

Algunos estudiosos han propuesto que durante el período de los jueces las tribus que llegaron desde Egipto se organizaron en un tipo de federación temporal, conocida como anficiónía, que permitía a los diversos grupos responder en común a los diversos desafíos y problemas de seguridad. Les unía, se propone, el pacto o alianza en el Sinaí, cuyo signo visible era el arca del pacto. Era una especie de unión, sin mucha estructura o compromiso, que respondía particular y específicamente a las amenazas de grupos enemigos.

Quizá la relación entre las tribus no era tan definida y clara, porque las distancias y rivalidades entre ellas las mantenían en alerta, y también porque las prioridades locales les impedían desarrollar alianzas estratégicas regionales más estables, eficientes y funcionales. Esas mismas relaciones de conflicto interno, fueron parte de los problemas que generaron, con el tiempo, la división de las tribus antiguas en dos grandes bloques, que se organizaron como reinos: el reino del Norte, Israel, con su capital en Samaria; y el reino del sur, Judá, con Jerusalén como su centro de poder.

No puede ignorarse, sin embargo, el hecho de que el concepto de tribu mantuvo cierta importancia a través de la historia bíblica, pues significó retener algunos compromisos sociales y afirmaciones de identidad en relación a esas dinámicas antiguas. Saúl, por ejemplo, se identifica como de la pequeña tribu de Benjamín (1 S 9.21), para afirmar su humildad entre las familias y las tribus de Israel. Luego del exilio, sin embargo, la organización social de la comunidad superó el nivel funcional de los clanes y tribus, pero las familias extendidas mantuvieron su importancia en los procesos administrativos (Ez 10.16).

En tiempos del NT, aunque la administración local se había desarrollado, se manifiesta una clara conciencia nacional en torno al tema de las doce tribus de Israel (p.ej., Lc 22.30; Stg 1.1; Ap 7.4-8). Quizá era un recuerdo que les permitía relacionarse con sus antepasados de alguna forma simbólica pero significativa. El apóstol Pablo, en esa tradición, alude a que también procede de la tribu de Benjamín, al presentar su mensaje pastoral a la comunidad de Filipo (Flp 3.5).

b) Los ancianos

En ese mundo de clanes y tribus, los «ancianos» jugaban un papel de capital importancia social. Estos personajes bíblicos eran líderes de familias o de clanes que se reunían a las puertas de la ciudad para escuchar los casos locales de dificultades y conflictos, y así juzgarlos e implantar la justicia. Entre los ancianos de cada ciudad o comunidad, se establecía una especie de concilio o corte, que adquiriría un poder extraordinario para evaluar situaciones locales y también desarrollar algunas políticas administrativas.

En el libro de Job se presenta una idea de cómo funcionaban estos grupos de ancianos (Job 29.7-17), y se pone claramente de manifiesto la dignidad y autoridad del grupo; además, se afirma la imagen positiva que proyectaban ante la comunidad en general. De particular importancia para este grupo de ancianos o corte, era actuar a favor de las personas que estaban en necesidad o que eran víctimas inocentes de alguna injusticia, particularmente en la tradición de la Ley de Moisés, hacia las personas huérfanas y extranjerías, y las viudas.

Con el paso del tiempo, y también por las complejidades en las relaciones sociales, se necesitaron otros foros de justicia. Estas dinámicas legales se notan en las narraciones bíblicas en torno a Samuel y sus hijos (1 S 7.15—8.3), quienes actuaban como jueces en casos que superaban las prerrogativas de los ancianos en las puertas de la ciudad. Inclusive,

de la lectura de algunos pasajes legales de la Torá, se desprende que los sacerdotes también tenían algunas funciones judiciales, especialmente cuando la evidencia expuesta no era contundente, clara y definitiva. En esos casos, los sacerdotes dependían de la suerte para la implantación de la justicia (Ex 22.7-8).

c) El rey y los sistemas de justicia

El foro último de apelación era el rey, que evaluaba casos particulares y complejos que le llevaban ante su consideración y juicio. El presupuesto teológico, filosófico y administrativo del proceso y el funcionario, era que una de las responsabilidades principales del monarca se relacionaba directamente con el establecimiento de la justicia, como se pone en evidencia clara en algunos poemas del Salterio (Sal 72.2, 4).

Tanto en Israel como en Judá la monarquía siguió algunas dinámicas administrativas, sociales y políticas que tenían continuidad con el resto del Oriente Medio. En los libros de los Reyes, las evaluaciones de los monarcas de ambos reinos, norte y sur, responden prioritariamente a criterios religiosos. En efecto, los escritores bíblicos analizan las ejecutorias y las decisiones de los reyes en términos específicos de su fidelidad a Dios y al pacto. Sin embargo, en algunas porciones bíblicas se revelan detalles que deben tomarse en consideración en la evaluación crítica de la institución de la monarquía: Samuel presenta un panorama extremadamente adverso de la vida bajo los reyes (1 S 8.11-17), y del análisis de las acciones de Salomón y Jeroboam, se deduce que aun en medio de las administraciones más prósperas y económicamente desarrolladas, se manifestaban injusticias sociales, económicas y políticas (1 R 12).

En el contexto más amplio del Oriente Medio, los reyes eran vistos como figuras cercanas a las divinidades. En Egipto, por ejemplo, ante los ojos del pueblo, el faraón era como una figura divina; y en Mesopotamia, el rey era el representante oficial de los dioses ante la humanidad. Esas altas percepciones de la monarquía se manifiestan, entre otras formas, en el esplendor de sus palacios, la grandeza de sus tronos, así como en las representaciones artísticas de sus reinos.

Esa particular ideología de la monarquía, donde el incumbente era una divinidad, no se manifestó entre los reyes de Israel y Judá. Hay que notar, sin embargo, que de acuerdo con el testimonio de la Biblia hebrea, el rey era hijo de Dios (Sal 89.27-28, 30-32), y sus tronos eran bien elaborados y majestuosos (1 R 10.18-20).

Como en las diversas monarquías vecinas de Israel y Judá, los reyes tenían una especie de asesores que formaban una corte o grupo de asesores y de apoyo real. Estas cortes se encargaban de implantar las políticas reales, y también de supervisar los diversos procesos administrativos y judiciales del país.

Generalmente eran miembros de estas cortes los familiares del monarca y personajes importantes de las familias más cercanas al rey, que con el tiempo adquirirían un nivel social distinguido. De esa forma histórica y social, adquirirían el reconocimiento como personas «nobles», «príncipes», «cortesanos».

De acuerdo con las narraciones bíblicas, el rey tenía asesores para asuntos legales, históricos y militares, además de ayudantes personales y secretarios (2 S 8.15-18; 1 R 4.2-6). Algunos, posiblemente, no provenían de familias nobles cercanas al rey, sino que habían sido seleccionados por sus cualidades personales y sus destrezas específicas.

Tanto en Egipto como en Mesopotamia se habían creado sistemas educativos para preparar a este tipo de funcionarios de la corte. Posiblemente en Israel y Judá se siguieron esas mismas políticas educativas. La Biblia habla específicamente que la corte de Judá, en medio de la amenaza de Senaquerib, tenía mayordomo, escriba, canciller y copero mayor, entre sus altos funcionarios (2 R 18.18). Las monarquías tenían una infraestructura elaborada, lo que les permitía la operación diaria de forma efectiva.

d) Sabios, sacerdotes y profetas

Las diversas culturas del mundo han identificado personas que por alguna calificación profesional, intelectual o familiar denominan «sabios». Son individuos que gozan del respeto y aprecio de la comunidad que se caracterizan por sus recomendaciones prudentes y acertadas. En efecto, tienen la virtud de aplicar el conocimiento y la inteligencia de forma responsable y ponderada.

En las Sagradas Escrituras, se identifican una serie de personas con este distintivo, y de la lectura de algunas porciones se desprende que podría tratarse de un grupo determinado de líderes nacionales. Es precisamente un profeta, Jeremías, el que analiza las reacciones de la comunidad ante la naturaleza crítica de su mensaje, e indica que los sacerdotes no educarán, los profetas no darán la palabra y los sabios no brindarán sus consejos (Jer 18.18). La lectura de este pasaje parecería aludir a tres tipos de «oficios» específicos y definidos en la sociedad

israelita antigua, pues de la misma forma que hay sacerdotes que ejercen sus funciones en el Templo y profetas que reaccionan a las decisiones de los monarcas, los sabios también tenían un espacio específico y definido dentro de la sociedad. Posiblemente la referencia a estos sabios es una alusión a los consejeros del rey, que de acuerdo con el mensaje escritural, le orientaban en asuntos de diversa naturaleza.

La Biblia también incluye de forma destacada un tipo de escrito que se conoce como literatura sapiencial. Esta literatura consistía en la recopilación de enseñanzas que constituían la base para la educación moral y ética del pueblo. Esta literatura, que se puede encontrar, entre otros libros de la Biblia, en Salmos y en Proverbios, pone de manifiesto las reflexiones naturales que intentan descubrir y celebrar el sentido positivo y grato de la existencia humana. Más que afirmaciones filosóficas especulativas, son reflexiones en torno a la vida diaria que se fundamentan en las observaciones empíricas.

Los sacerdotes, por su parte, eran funcionarios oficiales de la corte. En torno a este tema, es importante señalar que en el Oriente Medio no se distinguen las dinámicas religiosas de las políticas. La vida es una, y no se divide en esferas religiosas y seculares.

En la antigüedad, el sacerdocio era, como el resto de las profesiones en Israel, una actividad heredada. En efecto, el oficio era aprendido en los entornos familiares, y transmitido de generación en generación. Los documentos más antiguos indican que, al menos en sus comienzos, el sacerdocio podía ser ejercido por cualquier persona, si era identificado y comisionado por la persona adecuada, que primordialmente eran los jefes de familias o de clanes (Jue 17—18).

El gentilicio «levitas» aludía inicialmente a los pertenecientes a la antigua tribu de Leví; sin embargo, con el paso del tiempo, el término adquirió una particular carga semántica, que lo relacionaba directamente con el sacerdocio. Inclusive, la tribu de Leví se identificó específicamente como una comunidad sacerdotal, luego de la época de la monarquía. El libro del Deuteronomio afirma con claridad, en esa tradición teológica, que los levitas estaban calificados para actuar como sacerdotes del pueblo (Dt 18.1). Este libro representa una visión de las instituciones religiosas de Israel en el siglo 7 a.C. En ese particular momento histórico, el sacerdocio servía únicamente en Jerusalén, y los sacrificios solo se ofrecían en el Templo. Antes de esa época, los levitas ofrecían sacrificios al Señor, en otros lugares con alguna significación religiosa.

Luego del exilio, las dinámicas religiosas de la comunidad israelita cambiaron de forma dramática. Las nuevas realidades sociales, políticas

y religiosas de las dos comunidades judías, tanto las que habían quedado en Jerusalén como las que habían regresado desde Babilonia, requirieron que se redefinieran los requisitos para ejercer el sacerdocio renovado en el Templo restaurado. De esta forma se identificó, como personal sacerdotal certificado, solo a los descendientes de los sacerdotes que habían ejercido esas funciones en el Templo antes del exilio. Se les conocía específicamente como «los hijos de Sadok», y se trazaba su ascendencia familiar hasta Aarón, el hermano de Moisés. Sadok sirvió como sumo sacerdote en el reinado de David.

Fue en el período que prosiguió al retorno a Jerusalén, que los levitas fueron ubicados en una posición inferior en la escala sacerdotal, pues podían apoyar la celebración de los eventos en el Segundo Templo, particularmente con la música, pero no podían ofrecer sacrificios. Con el tiempo, posiblemente en el período helenístico, el sumo sacerdote tomó más responsabilidades políticas y sociales para administrar los asuntos nacionales, por la falta de un monarca con poder político claro y definido.

De singular importancia entre las responsabilidades básicas de los sacerdotes están sus funciones educativas. Aunque los sacrificios constituían un componente importante en sus funciones litúrgicas, la educación del pueblo en los temas relacionados con la Torá era considerada como una de sus responsabilidades fundamentales, por lo menos ante los ojos de los profetas (Os 4.6; Mal 2.7-9).

Los profetas eran personajes singulares en la sociedad israelita. Sus funciones se relacionaban con las actividades del rey, aunque también contribuían de forma destacada en la formación de opinión pública en el pueblo. Eran personajes independientes que no se relacionaban ni estaban adscritos a ningún santuario definido. Constituían, posiblemente, una de las pocas profesiones en el Israel de la antigüedad que no era hereditaria, pues la vocación profética, más que un oficio, era una encomienda divina que se debía cumplir con responsabilidad y vehemencia bajo ciertas especificaciones estrictas. La institución de la profecía se desarrolló paralelamente con la de la monarquía, y no requería entrenamiento particular, solo se necesitaba estar llamado y comisionado por Dios.

Aunque no ejercían ninguna posición oficial dentro del reino, con regularidad se encontraban en diálogo directo con los monarcas (Is 8—9) y personas influyentes en el palacio real, pues algunos formaban parte del grupo de asesores y consejeros oficiales de los reyes. Esta orientación política y religiosa era requerida de los profetas, particularmente en tiempos de crisis nacional, o para tomar decisiones de importancia nacional e internacional, como por ejemplo, el comenzar una guerra (1 R 22).

La expresión «hijos de los profetas» se refiere específicamente a los grupos que vivían en algún tipo de comunidad, específicamente en tiempos del profeta Eliseo (2 R 2.15-17; 4.38-41; 6.1-7).

Los profetas, provenían de diversas regiones y sectores del país, inclusive, algunos reclamaban haber sido llamados por Dios mientras llevaban a efecto sus labores cotidianas (Am 7.14). Su labor principal consistía en anunciar la palabra divina al pueblo, en ocasiones por conducto del rey, aunque también tenían la capacidad de efectuar milagros. Con el tiempo se convirtieron en la consciencia moral del pueblo y sus líderes, llamándolos a vivir de acuerdo con las estipulaciones definidas en la Ley y de acuerdo con el pacto.

7. Relaciones familiares

La unidad básica de la sociedad antigua en Israel era la familia, que era entendida en términos extendidos e incluía abuelos, padre y madre, hijos e hijas, tíos y tías, sobrinos y sobrinas, y hasta sirvientes y esclavos. La estructura era patriarcal. Las personas de autoridad eran reyes, jueces, sacerdotes, sabios, guerreros, artesanos, agricultores. Estas dinámicas sociales se producían no en contextos beduinos antiguos sino en las diversas ciudades en las que se asentaron los israelitas como pueblo al llegar a las tierras de Canaán.

Los hombres, en este tipo de arreglo social, tenían las responsabilidades mayores, y las mujeres ocupaban un sitio subordinado, como esposas, madres, hijas o viudas. Los niños y las niñas también eran relegados a un papel secundario, pues eran vistos como una posesión del padre. La familia ideal era numerosa, pues se fundamentaba en el antiguo mandamiento bíblico de crecimiento (Gn 1.28). El tener muchos hijos e hijas era considerado una bendición divina. La infertilidad era vista como una maldición, y siempre se le achacaba a las mujeres, que se sentían particularmente humilladas y afligidas por la incapacidad de procrear (Gn 16.1-6; 1 S 1.1-7).

Los procesos educativos se llevaban a efecto en el seno del hogar. El hombre se encargaba de instruir a los varones en el oficio tradicional de la familia; y las mujeres hacían lo propio con las niñas, que se encargaban de todas las actividades domésticas, y también de algunas del campo. La educación formal para leer y escribir con tutores no era común, y estaba reservada para algunas familias con mayor poder económico y prestigio social.

Aunque las mujeres vivían en un ambiente de subordinación, y su entorno de acción no era amplio e independiente, la Biblia afirma sus

derechos humanos y personales. Las leyes de protección de viudas y huérfanos, por ejemplo, era una forma de salvaguardar y afirmar la dignidad de este sector vulnerable y necesitado de la sociedad. Los hombres, que constituían las personas responsables de los grupos más frágiles, no podían disponer de las mujeres, niños, niñas y esclavos a sus caprichos, pues inclusive los esclavos, tanto hombres como mujeres, tenían el mismo derecho a la liberación luego de seis años de trabajo.

El particular caso de la mujer virtuosa, en el libro de los Proverbios (Pr 31.14-23), presenta el importante modelo de una mujer ideal, que no corresponde a los patrones de subordinación previamente descritos. Además, las críticas del profeta Amós a las esposas de los hombres acaudalados (Am 4.1), ponen claramente de manifiesto que el grado de subordinación de las mujeres en estos sectores de la sociedad, variaba de acuerdo con el nivel económico que ostentaban.

De acuerdo con la literatura sapiencial, que manifiesta una actitud de discrimin óptimo, las mujeres eran seductoras y pecadoras (Pr 2.16-19; 5.1-14; 7.6-27). Esa percepción llega a un punto mayor con las afirmaciones del Eclesiastés (Ec 7.28), que indica que no es posible conseguir una buena mujer entre la multitud.

Esa actitud misógina y antifemenina contrasta dramáticamente con una serie de mujeres cuyas contribuciones, de acuerdo con las narraciones bíblicas, apoyaron de forma destacada la vida nacional. Fueron matriarcas (p.ej., Sara, Rebeca, Raquel), reinas, reinas madres y esposas de reyes (p.ej., Abigail y Mica), juezas y militares (p.ej., Débora), salvadoras de su comunidad (p.ej., Ester y Judit), y profetisas (p.ej., María). En efecto, la impresión que dejaron estas mujeres en la vida del pueblo fue de tal magnitud, que aun en medio de una sociedad que no valoraba adecuadamente sus diversas contribuciones, las memorias de sus ejecutorias sobrepasaron los prejuicios de género y rebasaron los linderos del tiempo.

3

HISTORIA Y TEOLOGÍA

*Murieron José, todos sus hermanos,
y toda aquella generación.
Pero los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron,
llegaron a ser numerosos y fuertes en extremo,
y se llenó de ellos la tierra.*
Éxodo 1.6-7

1. Narración de la historia bíblica

La Biblia hebrea está redactada, en una gran parte, en narraciones. Y la naturaleza literaria e histórica de esas narraciones debe ser bien entendida para adquirir una comprensión adecuada de su mensaje. Los escritores bíblicos estaban interesados en contar una «historia» que se fundamentaba en la fe que tenían en Dios. No redactaban lo sucedido de acuerdo con un orden cronológico definido ni fundamentados en las comprensiones científicas que tenemos en la actualidad de la historia. Por el contrario, lo que narraban eran sus percepciones e interpretaciones de los eventos que presenciaban o que escuchaban, algunos que se contaban por generaciones, desde la perspectiva de la fe.

En ocasiones, y mediante complejos análisis literarios, teológicos, históricos y arqueológicos, podemos descifrar algo de lo que realmente sucedió en la antigüedad y que se presupone en el recuento bíblico. Hay momentos, sin embargo, en que ese conocimiento preciso y específico de lo que acaeció, por ejemplo, en la antigua Palestina, en el desierto del Sinaí o en el exilio en Babilonia, escapa a nuestras comprensiones y conocimientos actuales, pues el texto bíblico lo que desea destacar

es la intervención divina que tiene una finalidad redentora o educativa para el pueblo. Para la persona estudiosa de la Biblia, sin embargo, es determinante saber que los materiales que estudia son las grandes verdades del pueblo de Israel, que nos llegan matizadas y filtradas por la fe viva que tenía una comunidad antigua en la capacidad de intervención liberadora del único Dios verdadero.

La “historia” bíblica

Los escritores bíblicos estaban interesados en contar una «historia» que se fundamentaba en la fe que tenían en Dios. No redactaban lo sucedido de acuerdo con un orden cronológico definido ni fundamentados en las comprensiones científicas que tenemos en la actualidad de la historia. Por el contrario, lo que narraban eran sus percepciones e interpretaciones de los eventos que presenciaban o que escuchaban, algunos que se contaban por generaciones, desde la perspectiva de la fe.

Es ese importante marco teológico el que debe guiar nuestro estudio y servir de entorno filosófico para nuestra comprensión del AT o Biblia hebrea. Quienes escribieron la Biblia no eran historiadores independientes o testigos «neutrales» de los eventos que presentan, que trataron de articular de forma escrita la secuencia precisa de las acciones antiguas. Fueron personas de fe en Dios las que entendieron que debían cumplir con esa encomienda literaria y educativa. Fueron hombres y mujeres de bien, y de convicciones firmes y decididas, los que decidieron mover las antiguas tradiciones orales y reducirlas a piezas literarias para el beneficio de la posteridad.

En efecto, las narraciones bíblicas son documentos y relatos «históricos» redactados desde la importante perspectiva de la fe. Escribieron y editaron los materiales que posteriormente llegaron a formar parte del canon de las Escrituras para sus contemporáneos. Sin embargo, por la naturaleza religiosa de esos documentos, y también por sus virtudes estéticas y literarias, esos manuscritos y documentos antiguos han roto los niveles del tiempo y han llegado a diversas generaciones y diferentes naciones como palabra divina. Estas narraciones bíblicas antiguas cobran vida nueva en diversas culturas y en generaciones diferentes de

forma permanente, porque la gente de fe vuelve a leer y escudriñar esos documentos y descubre enseñanzas y valores que pueden aplicar en su vida. ¡Estos textos antiguos son también mensajes modernos, ante los ojos de la fe!

Estas comprensiones teológicas nos permiten descubrir que la revelación de Dios a la humanidad, de acuerdo con el testimonio bíblico, no se pone en clara evidencia mediante la elaboración compleja y el desarrollo progresivo de las diversas filosofías e ideas antiguas. Según el AT, Dios se revela al mundo mediante una serie importante de hechos concretos y específicos; y la reflexión que se hace en torno a esos eventos significativos nos permite descubrir las enseñanzas religiosas y los valores teológicos que forman parte de la revelación divina.

A continuación, presentamos la historia de Israel, de acuerdo con las narraciones de la Biblia. Esta historia realmente articula la perspectiva teológica de los eventos, las experiencias personales y colectivas, así como los recuerdos nacionales, fundamentados en la fe de un pueblo. No se basan, por ejemplo, en lo que se llamaría en las ciencias contemporáneas, una presentación crítica de la historia nacional. Lo que realmente tenemos a nuestra disposición es, más bien, una elaboración religiosa de las memorias más significativas e importantes de Israel como pueblo. Contamos, en efecto, con la historia de la redención y la salvación de un pueblo.

De gran importancia al estudiar estos temas, es comprender que la información que poseemos en el AT no solo es teológica sino que representa la perspectiva social de un particular sector del pueblo. Tenemos en la Biblia hebrea, mayormente, las reflexiones y narraciones que provienen de un singular grupo intelectualmente desarrollado del pueblo, que estaba educado de manera formal o informal, y que poseía capacidad literaria; posiblemente tenía, además, una aventajada infraestructura económica y social, que le permitía invertir tiempo de calidad en este tipo de proyecto de reflexión religiosa, histórica y política.

Seguiremos, en nuestra presentación, el orden canónico de la Biblia, que se articula con cierta coherencia: Desde la creación del mundo, pasando por los relatos fundamentales de la liberación de Egipto y el establecimiento de la monarquía, hasta llegar al período del exilio en Babilonia y el regreso de los deportados.

Posteriormente en esta obra haremos un análisis más detallado y sobrio de los diversos eventos nacionales e internacionales que sirven de base para la redacción de la Biblia. Evaluaremos de esa forma los detalles de esa historia y la comprensión teológica de estas importantes narraciones.

a) Los comienzos

De acuerdo con el orden canónico, los relatos de la historia del pueblo de Israel comienzan con la creación del cosmos, el mundo y la humanidad. Los comienzos no son solo los inicios de la nación desde la perspectiva histórica, sino la declaración de una serie de afirmaciones teológicas que no solo ponen a Israel en el proceso de la creación divina, sino que revelan de manera categórica y firme que Dios es el creador de los cielos y la tierra. Esa gran visión teológica de la historia se reitera con fuerza a través del AT y del NT.

Muy temprano en el canon bíblico, se pone de manifiesto la relación íntima entre el Dios creador y el pueblo de Israel: El Señor, que tiene el poder absoluto de la creación del cosmos, se relaciona con un pueblo de forma singular, pues forma parte de su acervo cultural y sus memorias históricas. La primera imagen del AT presenta a Dios creando el mundo de forma ordenada, y como culminación del proceso crea a los seres humanos.

¡Todo lo que existe fue creado por Dios!

La lectura del Pentateuco, y de toda la Biblia, comienza con una declaración extraordinaria de fe. La creación del universo, la naturaleza y las personas no es fortuita, ni resultado del azar, ni el producto de las luchas mitológicas de las divinidades de los panteones antiguos: ¡Todo lo que existe es producto de la iniciativa y la voluntad de Dios! Y esa gran declaración teológica generaba seguridad y esperanza en un pueblo que se veía continuamente amenazado por las diversas potencias políticas y militares del antiguo Oriente Medio.

Las narraciones de los comienzos u orígenes (Gn 1.1—2.3a) prosiguen con un segundo relato de creación (Gn 2.3b—3.24), donde el proceso de las acciones divinas se presenta de forma más íntima y dialogada, y se indica que la primera pareja se llama Adán y Eva. Luego de la creación de esta primera familia, se describen varios eventos de gran significado cultural, histórico y teológico para el pueblo de Israel: La llegada del pecado a la humanidad; el primer crimen, ¡un fratricidio! (Gn 4.1-16); el relato del gran diluvio que afectó adversamente al mundo conocido, y el pacto de Dios con Noé y su familia (Gn 6.1—10.32); la narración de la

confusión de los idiomas en Babel por el soberbia y arrogancia humana (Gn 11.1-26); y la lista de los antepasados de Abraham (Gn 11.27-32).

Estos pasajes, que tanta importancia tienen en los estudios bíblicos, presentan una visión más teológica que histórica de los inicios de la vida. Los escritores antiguos de estas narraciones no estaban interesados en los detalles científicos, como se entenderían en la sociedad contemporánea. Deseaban transmitir, de generación en generación, las grandes afirmaciones religiosas y declaraciones teológicas que estaban ligadas a sus memorias como pueblo y que brindaban a la comunidad sentido de pertenencia histórica y cohesión espiritual.

La lectura del Pentateuco, y de toda la Biblia, comienza con una declaración extraordinaria de fe. La creación del universo, la naturaleza y las personas no es fortuita, ni resultado del azar, ni el producto de las luchas mitológicas de las divinidades de los panteones antiguos: ¡Todo lo que existe es producto de la iniciativa y la voluntad de Dios! Y esa gran declaración teológica generaba seguridad y esperanza en un pueblo que se veía continuamente amenazado por las diversas potencias políticas y militares del antiguo Oriente Medio.

Las fuentes extra bíblicas que nos permiten estudiar con profundidad la historia de Israel en este período antiguo, conocido como la «pre-historia del pueblo», no son muchas y los documentos son limitados. Por esta razón, el estudio del libro de Génesis es de vital importancia teológica, pues nos relata acerca de las formas de vida y la cultura de épocas antiguísimas en el Oriente Medio antiguo.

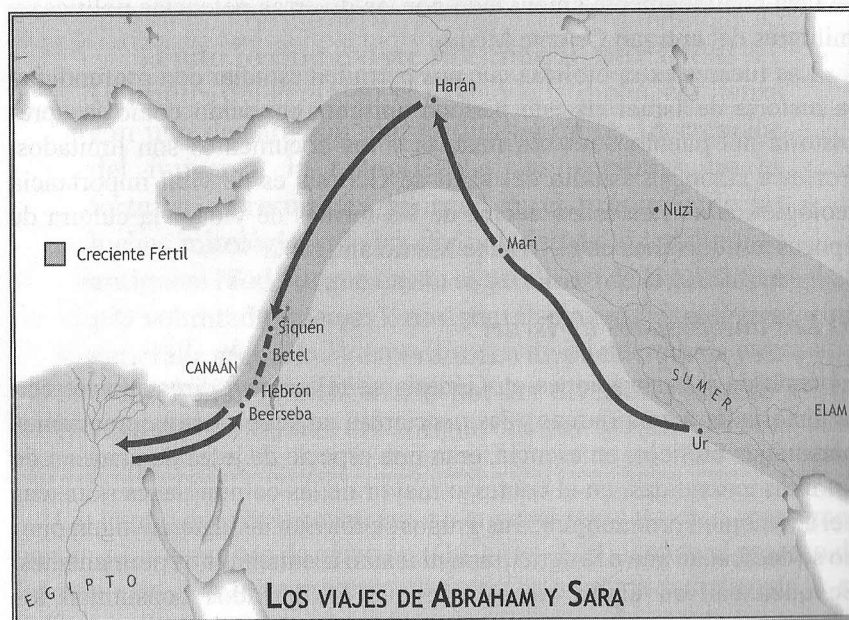
b) Los antepasados de Israel

El resto de las narraciones en Génesis se relacionan directamente con la historia de los patriarcas y las matriarcas de Israel. Estos importantes personajes bíblicos, en esencia, eran una especie de jefes de clanes o de familias extendidas, en el contexto mayor de las comunidades nómadas del Creciente Fértil antiguo. Sus grupos se movían de lugar en lugar, pues no se dedicaban aún a la agricultura ni tenían asentamientos permanentes. Se quedaban en algún lugar hasta que los ganados consumían los alimentos de la región. Posteriormente, continuaban sus migraciones nómadas en busca de comida y agua para sus ganados.

De acuerdo con el relato bíblico, la familia de Abraham y Sara provenía de la antigua ciudad de Ur, que estaba situada junto al río Tigris en Mesopotamia. En ese lugar, el famoso patriarca recibió la promesa divina de que su descendencia sería numerosa, y que se convertiría en

una nación grande (Gn 12.1-3; cf. 15.1-21; 17.1-4). Fue en ese singular contexto de revelaciones divinas, que comienza el proceso de desarrollo y crecimiento familiar. Primero nace su hijo Isaac, que a su vez es padre de Jacob. De esta forma es que Génesis presenta los inicios de la historia del pueblo de Israel, ¡desde una perspectiva familiar!

Desde Ur, Abraham y su familia llegaron a las tierras de Canaán, que entendieron era el lugar que el Señor les había prometido. Esta migración familiar descrita en la Biblia, tiene paralelos con otras salidas de grupos nómadas desde esa región mesopotámica durante el mismo período. Y en ese importante peregrinar al futuro, Abraham y su familia se movieron primeramente hacia el norte, y luego al oeste y al sur. En el viaje, se detuvieron en varios lugares que están identificados en las Escrituras (p.ej., Harán, Siquem, Hai y Bet El; Gn 11.31—12.9). Posteriormente, siguieron su camino que les llevó hasta Egipto, por el desierto del Néguev, pero regresaron a Canaán, y se establecieron de forma definitiva en Mamre, que está ubicada muy cerca de la actual ciudad palestina de Hebrón (Gn 13.1-3,18).



Con la muerte de Abraham (Gn 25.7-11; cf. 23.2, 17-20), Isaac, su hijo, hereda su liderato y se convierte en el protagonista de las narraciones bíblicas. De acuerdo con el libro de Génesis, Isaac se relaciona con los pueblos de Gerar y Beerseba (Gn 26.6, 23), que están más al sur de Mamre y Hebrón, en la región desértica del Néguev (Gn 24.62). Su estilo

de vida es similar al que tenían las personas del segundo milenio a.C. Como por ejemplo: asentamientos temporales, viajes continuos en busca de aguas y comida para los ganados, en ocasiones llevan a efecto algunas tareas agrícolas breves, y conflictos con los pobladores de regiones que tenían pozos de agua (Gn 26).

Luego del protagonismo de Isaac, la narración bíblica destaca los conflictos y las dificultades entre dos hermanos: Jacob y Esaú. El relato tan detallado de estos problemas es una forma literaria de anticipar las dificultades entre los descendientes de Jacob, los israelitas, y los de Esaú, los edomitas. Esta sección del Génesis es más detallada, complicada y larga que las anteriores, pues intenta preparar al lector y lectora para el recuento del resto de la historia de Israel.

Los relatos de las aventuras de Jacob, incluyen lo siguiente: su salida y huida a Padan-aram en Mesopotamia; su inteligencia y riquezas; su regreso a las tierras de Canaán; su encuentro transformador con Dios en Peniel; el cambio dramático de su nombre de Jacob a Israel; la renovación de las promesas divinas hechas anteriormente a Abraham (Gn 35.1-14), que ahora se aplicaban a Jacob; varias narraciones en torno a José; para terminar, finalmente, con la muerte de Jacob en Egipto (Gn 37.1—50.14).

De esa forma familiar, las narraciones del Pentateuco se mueven de la época patriarcal al período del éxodo. Los relatos intentan mantener algún tipo de secuencia lógica e histórica. Los autores han demostrado gran capacidad literaria y educativa, pues hacen uso de la reiteración y repetición para enfatizar algunos de los temas que desean destacar. De la historia de una familia, la trama bíblica se mueve a la historia de una nación.

c) El éxodo de Egipto

El Génesis culmina con la narración de la muerte de José en Egipto. Ese mismo evento es el que toma el escritor del libro de Éxodo para comenzar su historia nacional. La afirmación en torno a que el nuevo faraón no conocía a José, más que una declaración histórica es una declaración teológica (Ex 1.8). Lo que implica es que la nueva administración egipcia no iba a proseguir con la política de respeto y afirmación hacia la comunidad israelita, entre otros grupos minoritarios, sino que implantarían una serie de nuevas directrices gubernamentales que les afectarían de forma adversa y nefasta.

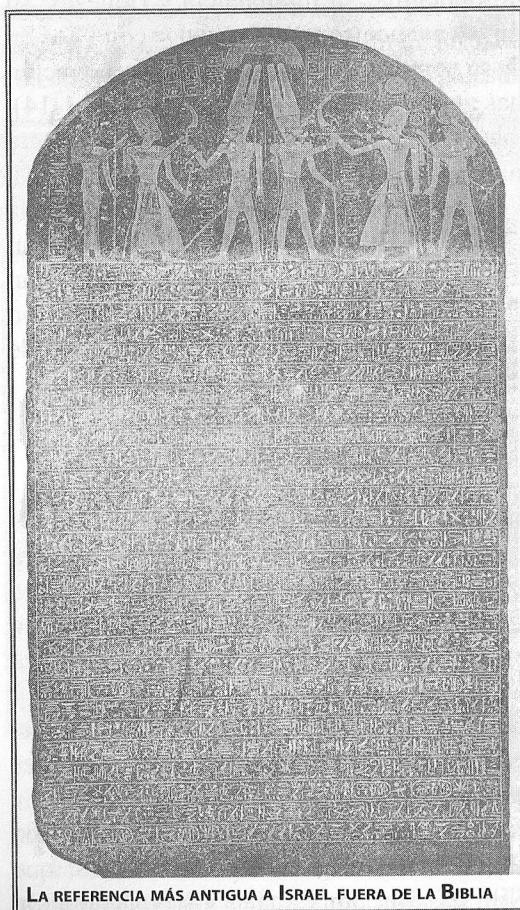
Durante la época patriarcal, Egipto fue gobernado por un grupo invasor proveniente de Mesopotamia conocido como los hicsos, que antes de llegar al delta del Nilo pasaron por Canaán y se relacionaron

con los líderes de esa región (siglo 18 a.C.). Posiblemente, por esa razón histórica, es que cuando los patriarcas (por ejemplo, Jacob y toda su familia) llegaron a Egipto, fueron recibidos de forma positiva por las autoridades nacionales. Quizá por esa misma conexión histórica es que debe entenderse que uno de los descendientes de los patriarcas haya llegado a ocupar una posición de tan alta responsabilidad en el gobierno del faraón, como es el caso de José (Gn 41.37-43).

Sin embargo, cuando los hicsos fueron definitivamente derrotados y expulsados de Egipto, la política en torno a las comunidades extranjeras cambió de forma drástica. Los nuevos gobernantes decidieron revertir los privilegios que la administración anterior había otorgado a los israelitas. Esa es posiblemente la implicación política de que los nuevos gobernantes «no conocían a José»; es decir, no reconocían su autoridad y prestigio

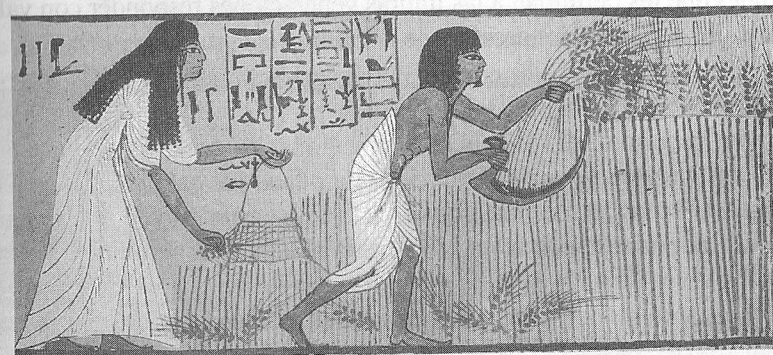
y, además, rechazaban las acciones políticas previas hacia su comunidad. La nueva hostilidad gubernamental hacia los israelitas que vivían en Egipto, posiblemente, está relacionada con el hecho histórico de la derrota de los hicsos, que eran sus protectores.

La nueva política hacia los israelitas era de trabajos forzados, vejaciones, maltratos y opresiones. Les obligaron a trabajar en condiciones infrahumanas en la construcción de algunas nuevas ciudades, como Pitón y Ramesés (Ex 1.11). El ambiente de respeto y paz que vivían, fue transformado en relaciones inhóspitas, inhumanas y agresivas. En medio de estas dinámicas de cautiverio y desesperanza, nació un nuevo líder hebreo: Moisés.



Los episodios que enmarcan la narración del nacimiento de Moisés son extraordinarios: ¡Fue salvado de forma milagrosa de morir ahogado en las aguas del Río Nilo!, ese acto prodigioso marcó la trayectoria de su vida, pues se convirtió en el líder indiscutible, legislador y libertador del pueblo de Israel.

TRABAJO DE ISRAELITAS ILUSTRADO EN UN FRESCO EGIPCIO



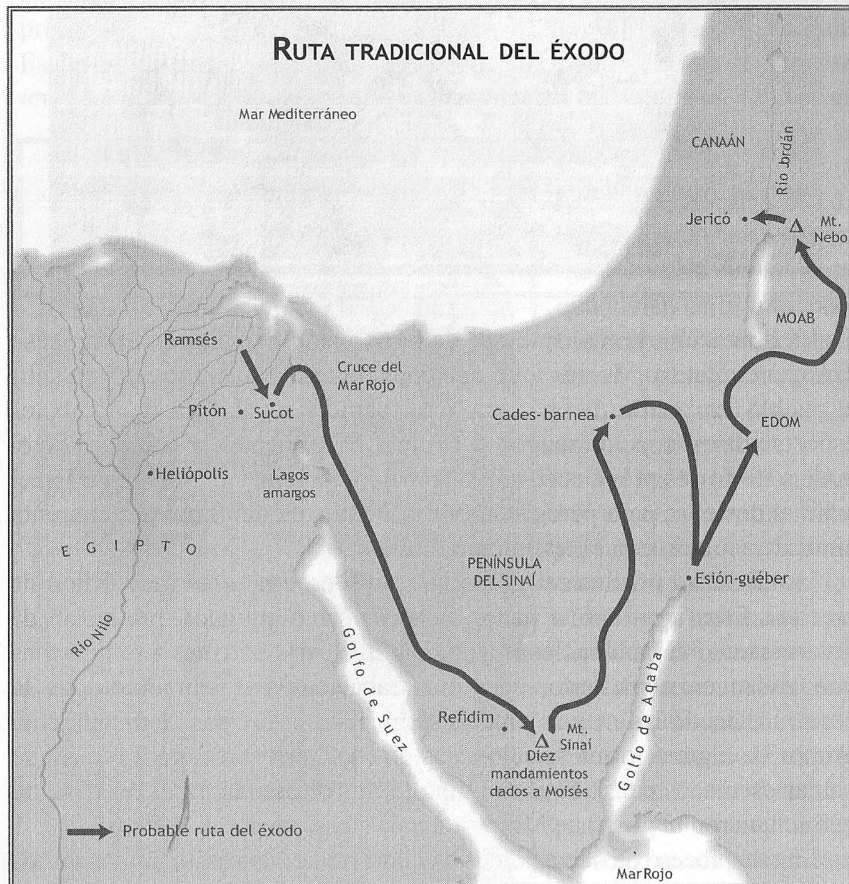
La liberación de los israelitas de la opresión egipcia fue un proceso extenso e intenso. Moisés tuvo que convencer al faraón que dejara salir al pueblo, en medio de una serie interesante y reveladora de combates espectaculares con los magos del reino. Finalmente, la sabiduría y el poder de Moisés prevalecen sobre la magia egipcia, y el pueblo de Israel salió al desierto, para peregrinar por la Península del Sinaí por cuarenta años, de acuerdo con el testimonio bíblico.

La identidad precisa del grupo que salió de Egipto es muy difícil de precisar. Esos israelitas, o mejor dicho, hebreos antiguos, provenían de diversos sectores de la sociedad. Algunos eran parte de tribus seminómadas que vivían en el desierto, pero que trabajaban por temporadas en la construcción de las nuevas ciudades egipcias; otros, posiblemente, eran grupos de alguna forma relacionados con los anteriores, pero que ya se habían asentado en las tierras de Egipto; y aún otros eran tribus del desierto que se unieron al grupo de Moisés cuando viajaban por el desierto.

En este proceso de liberación bajo el liderato de Moisés, según los relatos bíblicos, el pueblo experimentó una serie importantes de manifestaciones divinas. Por ejemplo: se revela el nombre personal del Dios que les había liberado (Ex 3.1-16); los ejércitos del faraón, que perseguían y amenazaban con destruir al pueblo de Israel, fueron derrotados y echados a la mar de forma milagrosa y definitiva (Ex 14.1—15.21); además, se dan, en el Monte Sinaí,

los Diez Mandamientos, que constituyen la base y núcleo fundamental para lo que posteriormente se conoce como la Ley de Moisés (Ex 19.1—20.17).

Las narraciones de la liberación de Egipto permiten al pueblo de Israel tener el fundamento teológico básico para entenderse a sí mismo como el pueblo escogido y llamado por Dios. Este evento de liberación nacional marcó de forma permanente la teología de sabios, profetas y poetas del pueblo, que fundamentados en estos recuentos épicos extraordinarios, desarrollaron teologías que les permitían a las futuras generaciones responder con valor y autoridad a los grandes desafíos de la existencia humana.



Como punto culminante de la experiencia de liberación de Egipto, el libro del Éxodo presenta el pacto o la alianza que Dios establece con el pueblo de Israel. Esa relación singular del Señor con su pueblo, se convirtió en el tema teológico privilegiado de los profetas, que evaluaban

el comportamiento de pueblo de Israel y sus monarcas, a la luz de las estipulaciones del pacto. Si la gente cumplía con los mandatos divinos, afirmaban los profetas, vivían en paz y prosperidad; sin embargo, si se alejaban de esos estatutos éticos y morales, recibirían el juicio divino, de acuerdo con el mensaje profético.

d) La conquista de Canaán

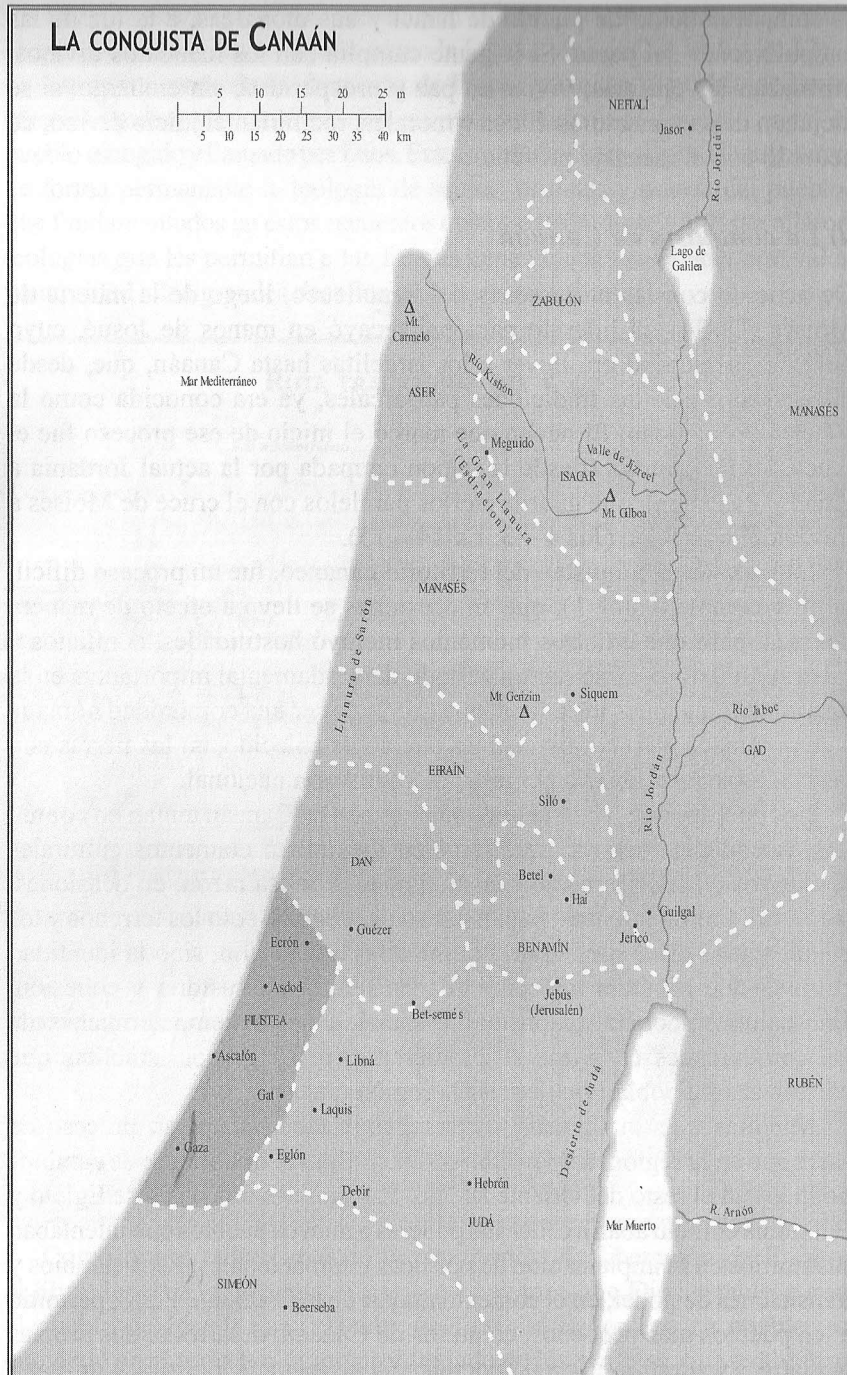
De acuerdo con las narraciones del Pentateuco, luego de la muerte de Moisés (Dt 34), el liderato nacional recayó en manos de Josué, cuyo objetivo primordial era llevar a los israelitas hasta Canaán, que, desde la perspectiva de las tradiciones patriarcales, ya era conocida como la «Tierra Prometida». El hecho que marcó el inicio de ese proceso fue el cruce del Río Jordán (desde la región ocupada por la actual Jordania a Israel y Palestina), que guarda ciertos paralelos con el cruce de Moisés a través del Mar Rojo (Jos 1—3; Ex 14—15).

La llamada «conquista» del territorio cananeo, fue un proceso difícil, largo y complejo (Jue 1), que en ocasiones se llevó a efecto de manera pacífica, pero que en otros momentos incluyó hostilidades, conflictos y guerras (Jue 4—5). Ese fue un período de fundamental importancia en la historia bíblica, pues los israelitas pasaron de ser una comunidad nómada o seminómada a convertirse en un pueblo establecido, en las tierras con las cuales se relacionarían el resto de su historia nacional.

Los pueblos que los israelitas encontraron en Canaán tenían en común una ascendencia semita, pero también mostraban elementos culturales distintivos e historias nacionales definidas. Por esa razón, en ocasiones, las luchas fueron intensas, pues estaban en juego no solo los terrenos y los pueblos necesarios para vivir y desarrollar una nación, sino la identidad cultural, que brinda a las comunidades sentido de historia y cohesión, sino salud emocional, espiritual y social. Con el tiempo, muchas de las comunidades cananeas se fundieron con los grupos israelitas que comenzaban a poblar y colonizar la región (Jue 9).

Mientras que en Canaán los israelitas estaban en pleno proceso de asentarse en la región, habían comenzado una serie importante de cambios políticos en el resto del Oriente Medio. Las grandes potencias de Egipto y Babilonia comenzaban a ceder sus poderes a nuevos pueblos que intentaban sustituirlos en la implantación de políticas internacionales. Esos cambios y transiciones de poder, en el contexto mayor de la Creciente Fértil, permitió a los pueblos más pequeños, como los de Canaán, desarrollar sus propias iniciativas y adquirir cierta independencia económica, política y militar.

LA CONQUISTA DE CANAÁN



De esos cambios internacionales, que dejaron un cierto vacío político en Canaán, se beneficiaron los recién llegados grupos de israelitas. Desde la perspectiva de la profesión religiosa, los pueblos cananeos tenían un panteón bastante desarrollado, que incluía una serie importantes de celebraciones y reconocimientos en honor al dios Baal y a las diosas Asera y Astarté. Además, tenían un panorama complejo de divinidades menores, que primordialmente se relacionaban con la fertilidad. En esencia, las religiones cananeas eran agrarias y adoraban a Baal como dios principal y señor de la tierra.

e) El período de los jueces

El llamado «período de los jueces» en la historia bíblica comienza con la muerte de Josué (Jos 24.29-32), y con la reorganización de los grupos israelitas que se habían asentado en las tierras de Canaán. La característica política, social y administrativa fundamental de este período (c.1200-1050 a.C.), es posiblemente la restructuración social de los israelitas que llegaron de Egipto, más los que se les habían unido en Canaán, en diversos grupos tribales de naturaleza casi independientes. Ese era un tipo de modelo administrativo que se vivía en la región cananea antes de la llegada de los israelitas.

En ese contexto de independencia parcial de los grupos, ahora separados por regiones y tribus, en ocasiones se levantaban líderes para unirlos y enfrentar dificultades sociopolíticas y económicas, así como los desafíos en común. Esos líderes son conocidos como «jueces», aunque su finalidad no estaba cautiva necesariamente en las tareas de interpretación y aplicación de las leyes. Un buen ejemplo de los poemas y las épicas que celebran los triunfos de estas uniones militares estratégicas entre las tribus, es el singular Cántico de Débora (Jue 5), que afirma y disfruta la victoria definitiva de los grupos israelitas sobre las antiguas milicias cananeas.

Pero mientras los israelitas se consolidaban en Canaán, y las potencias internacionales de Egipto y Babilonia estaban en pleno proceso de decadencia política y militar, llegaron a las costas, provenientes de Creta y otros lugares del Mediterráneo y del sur de Turquía, grupos conocidos como «los pueblos del mar», que por algunas transformaciones lingüísticas fueron conocidos posteriormente como los filisteos. Con el tiempo, fueron estos filisteos los que representaron las mayores dificultades y constituyeron la amenaza más importante y significativa a los diversos grupos israelitas.

Aunque los filisteos trataron de conquistar infructuosamente a Egipto, lograron llegar y asentarse en Canaán. Se apoderaron de las llanuras costeras (c. 1175 a.C.), y fundaron cinco importantes ciudades: Asdod, Gaza, Ascalón, Gat y Ecrón (1 S 6.17). Desde esas ciudades llevaban a efecto incursiones militares en las zonas montañosas de Canaán, que les fueron ganando con el tiempo el reconocimiento y el respeto en la región.

Posiblemente el fundamento del éxito filisteo estaba relacionado con su trabajo con el hierro; fabricaron de equipo agrícola resistente y el desarrollo de armas de guerra poderosas (1 S 13.19-22). Estos filisteos constituyeron una de las razones para que los israelitas pasaran de una administración local de jueces al de una monarquía.

f) La monarquía en Israel

Para responder de forma adecuada y efectiva a los nuevos desafíos que les presentaban las amenazas militares de los grupos filisteos, las tribus israelitas debieron reorganizar y transformar sus gobiernos locales en una administración central, con los poderes necesarios y recursos inherentes para establecer, entre otros, un ejército. La necesidad de responder de forma unificada a los desafíos que les presentaba la relación con el resto de las naciones, particularmente en tiempos de crisis, fue el origen de la monarquía en Israel.

Luego de superar las resistencias internas de grupos opuestos al gobierno central (1 S 8), y bajo el poderoso liderato de Samuel, que fue el último juez, se estableció finalmente la monarquía en Israel. Fue Samuel mismo quien ungió al primer rey, Saúl, e inició formalmente un proyecto de monarquía (c. 1040 a.C.), aunque en ocasiones accidentado, llegó hasta el período del exilio y la deportación de los israelitas a Babilonia (c. 587 a.C.).

El rey Saúl comenzó su administración luego de una gran victoria militar (1 S 11); sin embargo, nunca pudo reducir definitivamente y triunfar sobre las fuerzas filisteas. Fue precisamente en medio de una de esas batallas cruentas contra los filisteos en Gilboa que murió Saúl, el primer rey de Israel, y también perecieron tres de sus hijos (1 S 31.1-6).

David fue entonces proclamado rey en Hebrón (2 S 2.4), para sustituir a Saúl, luego de algunas luchas internas e intrigas por el poder. Aunque su reinado comenzó de forma modesta, solo con algunas tribus del sur, su poder fue extendiéndose de forma gradual al norte. Luego de ser reconocido como líder máximo entre todas las tribus de Israel, las unificó, al establecer su trono y centro de poder político y religioso en Jerusalén, que era una ciudad neutral, así como de gran prestigio, con la cual se podían relacionar libremente tanto las tribus del norte como las del sur.

FECHAS APROXIMADAS DE LOS REYES

MONARQUÍA UNIDA

Saúl: c.1030-1010

David: 1010-970

Salomón: 970-931

MONARQUÍA DIVIDIDA

JUDÁ

Dinastía de David

Roboam: 931-915

Abiam 915-913

Asa: 913-873

Josafat: 873-849

Joram: 849-842

Ocozías: 842

Atalía: 841-836

Joás: 835-796

Amasías: 796-768

Uzías: 768-740

Jotam: 740-733

Acáz: 733-714

Ezequías: 714-696

Manasés: 696-641

Amón: 641-639

Josías: 639-608

Joacaz: 608

Joacim: 608-597

Joquín: 597

Sedequías: 597-586

ISRAEL

Dinastía de Jeroboam

Jeroboam I: 931-910

Nadab: 910-909

Dinastía de Baasa

Baasa: 909-886

Ela: 886-885

Zimri: 885

Dinastía de Omri

Omri: 885-874

Acab: 874-853

Ocozías: 853-852

Joram: 852-841

Dinastía de Jehú

Jehú: 841-814

Joacaz: 814-798

Joás: 798-783

Jeroboam II: 783-752

Zacarías 752-751

Salum 751

Dinastía de Manahem

Manahem: 750-741

Pekahía: 741-740

Peka: 740-729

Oseas: 732-722

Caída del reino del norte: 721

Caída del reino del sur: 587

Bajo el liderato de David, el gobierno central se estabilizó y expandió; además, se unieron al nuevo gobierno central ciudades cananeas previamente no conquistadas, y también se sometieron varios pueblos y ciudades vecinas, ante el aparato militar de David, que ya había demostrado ser buen militar, así como un buen administrador y político. Entre sus victorias significativas, está el triunfo sobre los filisteos que le permitió, con la pacificación regional, expandir su reino y prepararlo para los nuevos proyectos de construcción y los programas culturales de su sucesor. Los relatos de los libros de Samuel y Reyes ponen de manifiesto estas hazañas de David, que se magnifican en los libros de las Crónicas.

Antes de morir, y en medio de intrigas, dificultades y conflictos, para iniciar su dinastía, David nombró a uno de sus hijos, Salomón, como su sucesor, que con el tiempo, y por sus ejecutorias políticas y diplomáticas, adquirió fama de sabio y prudente (1 R 5—10). Durante la administración de Salomón, el reino de Israel llegó a su punto de máximo esplendor y extensión, de acuerdo con el testimonio bíblico. De particular importancia en este período fueron las grandes construcciones y edificaciones, entre las que se encuentran las instalaciones del palacio real y el Templo de Jerusalén.

g) La monarquía dividida

Luego de llegar al cenit del poder y esplendor, bajo el liderato del famoso rey Salomón, la monarquía en Israel comenzó un proceso acelerado de descomposición, desorientación, desintegración y decadencia. La necesaria unidad nacional a la que se había llegado, gracias a las decisiones políticas y administrativas de David, se rompió bruscamente como respuesta a los abusos del poder político y administrativo desde la ciudad de Jerusalén, y particularmente por las malas decisiones en torno a la clase trabajadora, así como la implantación de un sistema desconsiderado e injusto de recolección de impuestos.

A la muerte de Salomón, y con la llegada al poder de su hijo, Roboam (1 R 12.1-24), resurgieron las antiguas rivalidades, conflictos y contiendas entre las tribus del norte y las del sur. Al carecer de la sensatez administrativa, el buen juicio, y la madurez personal de sus predecesores, y en medio de continuas rebeliones, insurrecciones y rechazos, el nuevo rey presenció cómo la monarquía unificada fue finalmente sucumbiendo, dando paso a los reinos del norte, con su capital en Samaria (1 R 16.24), y del sur, con su sede en Jerusalén. Roboam se mantuvo como rey de las

tribus del sur, Judá; y un funcionario de la corte de Salomón, Jeroboam, fue proclamado rey en el norte, Israel.

Los reinos del norte y del sur prosiguieron su historia de forma paralela, aunque para los profetas de Israel, paladines de la afirmación, el compromiso y la lealtad al pacto o alianza de Dios con su pueblo, esa división nunca fue aceptada ni apreciada. El desarrollo político y social interno de los pueblos dependió, en esta época, no solo de las decisiones nacionales sino de las políticas expansionistas de los imperios vecinos.

En el sur, la dinastía de David se mantuvo en el gobierno por más de 300 años, aunque en ese proceso histórico, su independencia fue en varias ocasiones muy seriamente amenazada. En primer lugar por los asirios (siglo 8 a.C.), y luego por los medos y los caldeos (siglo 6 a.C.). Finalmente, la caída definitiva de Judá llegó en manos de los babilónicos (586 a.C.), y la ciudad de Jerusalén fue destruida y devastada por los ejércitos invasores, y posteriormente saqueada por varias naciones vecinas, entre las que se encontraban Edom y Amón (Ez 25.1-4).

En torno a la caída del reino de Judá, y las experiencias de la comunidad derrotada, la Biblia presenta algunas descripciones dramáticas (2 R 25.1-30; Jer 39.1-7; 52.3-11; 2 Cr 36.17-21) y poéticas (p.ej., el libro de las Lamentaciones). Esta experiencia de destrucción, tuvo grandes repercusiones teológicas, espirituales y emocionales en el pueblo, así como sus líderes políticos y religiosos. Esa fulminante derrota constituía la caída de la nación y la pérdida de las antiguas tierras de Canaán, que se entendían les habían sido dadas por Dios, como parte de las promesas a los antiguos patriarcas y a Moisés.

En el norte, por su parte, la administración gubernamental no pudo solidificar bien el poder, y el reino sufrió de una continua inestabilidad política y social. Esa fragilidad nacional provenía tanto por razones administrativas y conflictos internos, como también por razones externas, tales como: Las potencias del norte estaban en el proceso de recuperar el poder internacional que habían perdido, y amenazaban continuamente el futuro del frágil reino de Israel. Como lamentablemente los esfuerzos por instaurar una dinastía estable y duradera fracasaron, a menudo en formas repentinas y violentas (Os 8.4), la inestabilidad política no solo se mantuvo sino que aumentó con los años. Estas dinámicas internas en el reino del norte, hicieron difícil la instalación de una administración gubernamental estable, que llegara a ser económicamente viable, y políticamente sostenible.

La caída y destrucción total del reino de Israel se produjo de forma gradual. En primer lugar, los asirios impusieron un tributo alto, oneroso

e impagable (2 R 15.19-20); posteriormente, siguieron con la toma de varias comunidades y con la reducción de las fronteras; para finalmente llegar y conquistar a Samaria, y llevar al exilio a un sector importante de la población, e instalar en el reino un gobierno extranjero títere, y una administración local que era fiel a Asiria.

h) Reyes de Judá e Israel

Es extremadamente difícil identificar las fechas de incumbencia específicas de los diversos monarcas de Judá e Israel, y las razones son varias, por ejemplo: la imprecisión de algunas de las referencias bíblicas en torno al comienzo y culminación de algunos reyes, la costumbre de tener corregentes en el reino, y las evaluaciones teológicas que hacen los escritores bíblicos de algunas administraciones.

i) El exilio en Babilonia

El período exílico en la Biblia es uno de dolor intenso y creatividad absoluta. Por un lado, las narraciones bíblicas presentan la naturaleza y extensión de la derrota nacional y las destrucciones que llevaron a efecto los ejércitos de Nabucodonosor; y por otro, ese mismo período es uno fundamental para la creatividad teológica y para la edición final de los documentos que formaron con el tiempo la Biblia hebrea.

La derrota y destrucción de Judá dejó a la nación devastada, pero quedaron personas que se encargaron de proseguir con su vida en Jerusalén y en el resto del país. En Babilonia, por su parte, las políticas oficiales hacia los deportados permitían la reunión y formación de familias, el vivir en comunidades (p.ej., en Tel Aviv, a las orillas del río Quebar; véase Ez 3.15), la construcción de viviendas, el cultivo de huertos (p.ej., Jer 29.5-7), y el derecho a consultar a sus líderes, jefes y ancianos en momentos determinados (Ez 20.1-44). De esa forma, tanto los judíos que habían quedado en Palestina como los que habían sido deportados a Babilonia, comenzaron a reconstruir su vida, paulatinamente, en medio de las nuevas realidades políticas, económicas, religiosas y sociales que experimentaban.

En ese nuevo contexto y vivencias, la experiencia religiosa judía cobró un protagonismo inusitado. En medio de un entorno explícitamente politeísta, el pueblo judío exiliado debió actualizar sus prácticas religiosas y teologías, para así responder de forma efectiva y creativa a los nuevos desafíos espirituales. En ese contexto de extraordinarios desafíos culturales y teológicos, es que surge la sinagoga como un

espacio sagrado para la oración, la enseñanza de la Ley y la reflexión espiritual, pues el Templo estaba destruido y muy lejos.

La Torá, que ya gozaba desde tiempos preexílicos de prestigio y autoridad en Judá y Jerusalén, fue reconocida y apreciada con el tiempo como el documento fundamental para la vida del pueblo, y los libros proféticos se revisaban y comentaban a la luz de la realidad de la deportación. Los Salmos, y otra literatura que posteriormente se incluyó en las Escrituras, comenzaron a leerse con los nuevos ojos del exilio (p.ej., Sal 137), así cobraron una nueva dimensión.

De esta forma dramática, la estadía en Babilonia desafió la inteligencia y la creatividad judía, y el destierro se convirtió en el espacio de gran creatividad literaria e importante actividad intelectual, así como espiritual. En medio de todas esas dinámicas complejas que afectaban los diversos niveles y expresiones de la vida, un grupo de sacerdotes se dedicó a reunir y preservar el patrimonio intelectual y espiritual del pueblo exiliado. Entre ese grupo de líderes, que entendieron la importancia de la preservación histórica de las memorias, se encuentra el joven Ezequiel, que además de sacerdote, era profeta y poeta (Ez 1.1-3; 2.1-5).

Mientras un sector importante de los deportados soñaba con regresar algún día a Jerusalén y Judá, y hacían planes específicos para el retorno (Is 47.1-3); otro grupo, sin embargo, de forma paulatina, se acostumbró al exilio y, aunque añoraba filosóficamente un eventual regreso a su país de origen, para efectos prácticos, se preparó para quedarse en Babilonia. La verdad fue que, en efecto, las esperanzas de un pronto regreso a Jerusalén y Judá fueron decayendo con el tiempo, pues el exilio se prolongó por varias décadas (c. 586-539 a.C.).

j) El período del retorno y la restauración

Luego de varias décadas de exilio, surgió un aliento de esperanza entre los deportados. Con el crecimiento y desarrollo del imperio persa bajo el liderato de Ciro, los israelitas, que habían vivido por años en el ambiente adverso del destierro babilónico, comenzaron a anidar nuevamente un sentido de esperanza en el retorno a Judá, en la reconstrucción nacional, y en la restauración de la ciudad de Jerusalén.

Como rey de Anshán, Ciro había demostrado su capacidad administrativa, su poder militar, sus virtudes diplomáticas y su política hacia los pueblos conquistados. Esas características hicieron del nuevo líder persa una figura ideal para actuar a favor de las comunidades exiliadas, particularmente las israelitas. En su carrera política y militar,

fundó el imperio medo-persa, con su capital Ecbatán (553 a.C.); posteriormente conquistó casi todo el Asia Menor (c. 546 a.C.); y entró de forma imponente a Babilonia (539 a.C.). Ese imperio dominó la política del Creciente Fértil por casi doscientos años.

La política oficial del nuevo imperio persa en torno a los pueblos conquistados era de apertura, comprensión y respeto. Esas políticas administrativas del imperio, redundaron en un beneficio directo de las comunidades exiliadas israelitas en Babilonia. Ciro les permitió conservar sus tradiciones y mantener sus costumbres religiosas, que para los deportados de Jerusalén era visto como la nueva intervención de Dios a favor del pueblo en cautiverio. Inclusive, Ciro decretó, de acuerdo con el testimonio de las Escrituras, un particular edicto que les permitía a los deportados de Judá regresar a sus ciudades de origen.

Del famoso Edicto de Ciro, la Biblia incluye dos versiones (Esd 1.2-4; y Esd 6.3-12). Esencialmente, el decreto real indicaba, no solo que se permitía a los exiliados el retorno seguro a Judá y Jerusalén, sino que se les devolvían los tesoros que Nabucodonosor había tomado del Templo de Jerusalén. Además, de acuerdo con el Edicto, se aprobó un apoyo gubernamental adicional para ayudar en los procesos tanto de repatriación y como de reconstrucción.

El retorno a las tierras de Canaán debió haber sido lento, paulatino, doloroso, complicado. Según el testimonio escritural, el primer grupo llegó bajo el liderato de un tal Sesbasar (Esd 1.11), de quien no tenemos mucha información. Al tiempo, comenzó el proceso de reconstrucción del Templo, que llegó a su término por el año c. 515 a.C. Para apoyar administrativa y religiosamente el proceso de reconstrucción, el imperio persa envió inicialmente a varios delegados. Por ejemplo: a Zorobabel, el gobernador, y Josué, el sumo sacerdote. Además, los profetas Hageo y Zacarías afirmaron decididamente el importante proyecto de la restauración nacional.

Sin embargo, ese proyecto de reconstrucción fue mucho más complejo de lo que los primeros repatriados pensaron. Se manifestaron problemas de diferente naturaleza, pero todos complicados. La empresa de reconstrucción nacional tuvo graves dificultades económicas, pues aunque el decreto oficial de Ciro aprobaba una partida económica, la verdad es que ese apoyo fiscal nunca se materializó. En la comunidad judía de Jerusalén se manifestaron diferencias de criterio en torno a cómo debía llevarse a efecto el proyecto. De particular importancia, entre los conflictos que se manifestaron relacionados con la reconstrucción, está la enemistad histórica y la creciente hostilidad de los grupos samaritanos, que rechazaron abiertamente el proyecto judío, y también lo boicotearon.

Un alto funcionario del imperio persa, Nehemías, de origen judío, al percatarse de las dificultades que enfrentaba el programa de reconstrucción en Jerusalén, solicitó ser gobernador de Judá y dirigir él mismo el proceso de restauración. Su llegada a Judá probó ser de gran utilidad administrativa e importancia histórica, pues bajo su mandato y liderazgo no solo se reconstruyeron los muros de protección de la ciudad, sino que se renovó la vida espiritual de la nación (Neh 8—10).

Esdra que, a la vez, era escriba y sacerdote, llegó también a la ciudad de Jerusalén con la orden oficial y específica del monarca persa de atender las necesidades cúlitas y espirituales de la comunidad judía, administrar las actividades en el Templo de Jerusalén, e incentivar el cumplimiento de la Ley en las dos comunidades judías, la que había quedado en Jerusalén y Judá, y la que había regresado del destierro (Esd 7.12-26).

Algunos estudiosos piensan que las importantes reformas introducidas por Esdra en Jerusalén, fueron las responsables para que se conozca al pueblo de Israel como el «pueblo del Libro», en referencia a la Ley de Moisés.

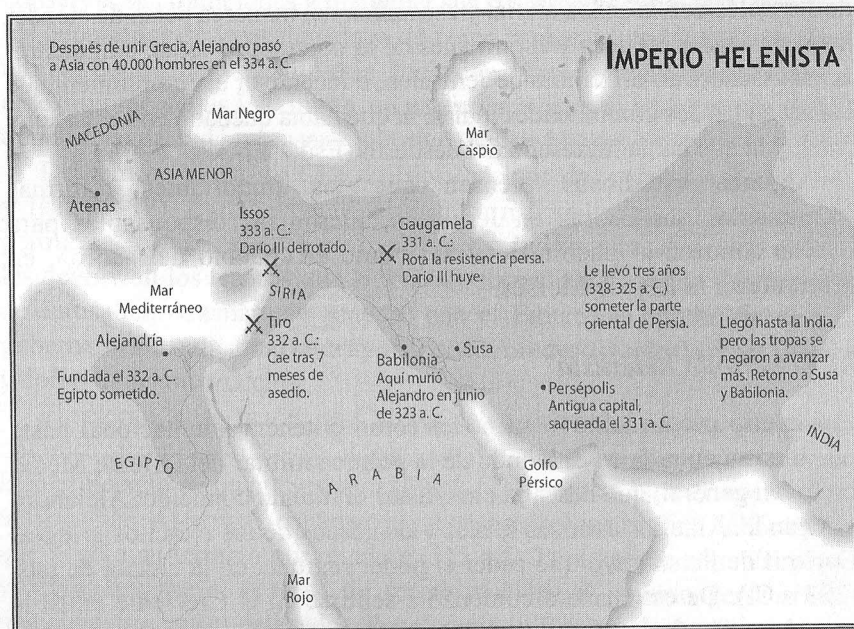
k) El período helenista

El imperio persa mantuvo su poder como potencia internacional hasta que hizo su entrada en el mundo de la política militar del Oriente Medio un joven general, que deseaba conquistar el mundo conocido: Alejandro el Grande. Ante los avances firmes y decididos de los ejércitos griegos, Darío II de Persia tuvo que ceder el poder regional en la ciudad de Isos (333 a.C.). De esa manera comenzó a sentirse en el Creciente Fértil la manifestación firme y continua del helenismo, que no solo era un avance administrativo, político y militar, sino una conquista social, cultural, lingüística y religiosa.

Sin embargo, aunque el imperio de Alejandro se extendió de forma vasta por el mundo antiguo, los conflictos internos y las diferencias entre los generales impidieron que se consolidara el poder y se desarrollaran estructuras políticas estables y definidas. Por esa razón, con la muerte a destiempo de Alejandro, los generales más importantes de su ejército se dividieron el poder y el imperio.

En relación a estos conflictos, la región de Palestina, en una primera instancia, quedó bajo el poder de los Tolomeos (o Lágidas) en Egipto; aunque con el pasar de los años, toda la región pasó a manos de los Seléucidas que gobernaban, administraban y llevaban a efecto sus planes políticos y económicos desde el norte, en Siria.

La fuerza del helenismo arrojó a los diversos sectores del Creciente Fértil, pues el griego pasó a ser en poco tiempo la lengua franca de todo el imperio. Inclusive, los judíos que se habían mantenido en la diáspora, comenzaron a utilizar esta lengua como su medio de comunicación primario, en sustitución del hebreo y el arameo. De esa importante transformación lingüística, es que se siente la necesidad, específicamente entre los judíos de Alejandría, Egipto, de traducir la Biblia al idioma griego, de donde se produce finalmente la versión de los Setenta, o Septuaginta (LXX).



Con el fuerte avance del helenismo en Palestina, la comunidad judía de Judá y Jerusalén reaccionaron con adversidad y rechazo. Muchos judíos habían adoptado el estilo de vida y prácticas griegas que estaban abiertamente reñidas con las leyes de Moisés. Esta tensión, entre los judíos tradicionales y los griegos modernistas, continuó en aumento, hasta que las políticas antijudías de Antíoco IV Epífanes, provocó una gran rebelión nacional.

Esa revolución, que se conoce como la sublevación de los «Macabeos» (que significa, posiblemente, «martillo»), la organizó inicialmente un sacerdote, Matatías, indignado por las prácticas profanas de los grupos Seléucidas en el Templo. Luego se le fueron añadiendo sus cinco hijos y el pueblo, que también rechazaron decididamente las abominaciones a las divinidades paganas que se practicaban en el Templo del Señor.

REYES TOLOMEOS Y SELÉUCIDAS

Tolomeos

Tolomeo I: 323-285 a.C.

Tolomeo II: 285-246 a.C.

Tolomeo III: 246-221 a.C.

Tolomeo IV: 221-202 a.C.

Tolomeo V: 203-181 a.C.

Tolomeo VI: 181-146 a.C.

Tolomeo VII: 146-145 a.C.

Tolomeo VIII: 145-116 a.C.

Seléucidas

Seleuco I: 321-280 a.C.

Antíoco I: 280-261 a.C.

Antíoco II: 261-246 a.C.

Seleuco II: 246-226 a.C.

Seleuco III: 226-223 a.C.

Antíoco III: 223-187 a.C.

Seleuco IV: 187-175 a.C.

Antíoco V: 175-163 a.C.

Demetrio I: 162-150 a.C.

Alejandro Balas: 150-145 a.C.

Demetrio II: 145-138 a.C.

Antíoco VI: 145-141 a.C.

Antíoco VII: 138-129 a.C.

Demetrio III: 129-125 a.C.

GOBERNANTES ASMONEOS

Judas Macabeo: 166-160 a.C.

Jonatán: 160-142 a.C.

Simón: 142-134 a.C.

Juan Hircano: 134-104 a.C.

Aristóbulo I: 104-103 a.C.

Alejandro Janeo: 103-67 a.C.

Salomé Alejandra: 76-67 a.C.

Aristóbulo II: 67-63 a.C.

Hircano II: 63-40 a.C.

Antígono Matatías: 40-37 a.C.

Luego de la muerte de Matatías, la revolución prosiguió con su tercer hijo, Judas, que se proclamó finalmente victorioso en esa heroica gesta revolucionaria contra los ejércitos sirios. La fiesta de la Dedicación (Jn 10.22), o *Hannuká*, recuerda el triunfo definitivo de los Macabeos contra el helenismo en sus diferentes manifestaciones.

A la muerte de Simón, el último de los hermanos Macabeos, el poder recayó sobre su hijo Juan Hircano, quien inició una importante dinastía, conocida como los asmoneos (134-104 a.C.). Esa administración se

mantuvo en Judá y Jerusalén hasta la aparición de otro imperio, el romano. El poder extraordinario de ese nuevo imperio se hizo sentir con firmeza en Palestina con la llegada victoriosa de sus ejércitos, dirigidos por el hábil general Pompeyo.

Con la imponente conquista de Pompeyo, el futuro de Judá y de Jerusalén quedó bajo el poder del imperio romano, que gobernó con puño de hierro y firmeza la región por varios siglos. En ese singular entorno histórico, político, militar, religioso y social del imperio romano, es que Jesús de Nazaret hace su entrada en la historia; además es ese mismo imperio el que autoriza y lleva a efecto su tortura ilegal y su posterior ejecución injusta en la cruz.

2. La teología bíblica

Para la comprensión adecuada de la teología bíblica, hay que reconocer, en primera instancia, que las Sagradas Escrituras no articulan sus reflexiones, pensamientos, y convicciones en torno a Dios de forma sistemática. La Biblia no es un tratado de teología sistemática que presenta sus diversos conceptos e ideas en torno a la divinidad de manera ordenada y coordinada. Por el contrario, las teologías que se incluyen en la Biblia se presentan en las narraciones y se descubren en los poemas, se identifican en los oráculos y se revelan en los proverbios; se articulan en la vida de los patriarcas y matriarcas del pueblo y se desprenden de las memorias de las vivencias históricas del pueblo. La teología bíblica, en efecto, se desprende de los relatos que aparecen en las diversas partes del canon.

Esas formas de articulación teológica, sin embargo, no desmerece sus convicciones ni mucho menos disminuye el poder de sus virtudes. La teología bíblica está íntimamente unida a los documentos que le brindan significado histórico y espiritual al pueblo, y que se pone en clara evidencia en la lectura y evaluación de las narraciones canónicas, que en nuestro singular caso, son las que se encuentran en las Escrituras judías, el AT o la Biblia hebrea.

La gran pregunta teológica en la Biblia no es si Dios existe, sino cómo esa particular divinidad se manifiesta libremente en medio de las realidades cotidianas de su pueblo. El mayor interrogante es cómo ese Dios se revela para contribuir positivamente al desarrollo de un sistema social, económico, político, religioso y espiritual, que ponga en evidencia clara su compromiso con los valores impostergables de amor, verdad, justicia, paz y santidad.

En efecto, el presupuesto bíblico básico y fundamental de la Biblia, es que Dios existe. Solo la persona necia es capaz de «decir en su corazón», o pensar: «No hay Dios» (Sal 14.1; 53.1).

La preocupación fundamental de la teología bíblica no es «probar» la existencia de Dios sino descubrir, identificar, explicar, afirmar y contextualizar las manifestaciones divinas en la vida de individuos, comunidades y naciones. Su finalidad litúrgica, es celebrar y agradecer esas intervenciones extraordinarias de Dios en la naturaleza y el cosmos.

«En el principio Dios creó los cielos y la tierra» (Gn 1.1). De esa manera directa, firme y contundente comienzan las Sagradas Escrituras. Desde ese mismo momento, el tema de Dios se convierte en la vertiente teológica principal de toda la Biblia. En el corazón mismo de la literatura bíblica se encuentra la revelación del Dios que desea comunicarse con las personas de forma directa y clara. Particularmente se manifiesta al pueblo de Israel, y específicamente, a personas marginadas y sufridas en la vida, a gente en necesidad y angustia en la sociedad, a comunidades en cautiverio y opresión en el mundo.

La Biblia narra lo que, a juicio de sus redactores, Dios ha hecho, ha dicho y ha prometido. Las Escrituras revelan cómo Dios intervino en medio de las angustias del pueblo, y cómo puso de manifiesto su voluntad, poder, autoridad, virtud y paz con justicia. Esa revelación divina se presenta a través de relatos, poesías, oráculos, biografías, historias familiares, enseñanzas sabias, leyes, etc.

3. Metodologías de estudio

A través de la historia, muchos eruditos y estudiosos han desarrollado formas diversas de estudiar la llamada «teología bíblica». El objetivo es comprender mejor el mensaje de las Escrituras e identificar adecuadamente los componentes sustantivos de la naturaleza divina, de acuerdo con las afirmaciones de la Biblia. Estos acercamientos metodológicos son varios y, en muchos casos, se complementan.

El «método descriptivo» pone su atención principal en lo que el texto bíblico quiso decir al pueblo de Israel, y no está interesado tanto en la contextualización y aplicación del mensaje escritural. Describe lo que sucedió, explica sus orígenes y analiza las ideas, los temas y las importancias teológicas de los asuntos planteados. Es limitante, sin embargo, esta metodología de análisis, pues es incapaz de descubrir y afirmar las implicaciones contextuales y transformadoras de las enseñanzas bíblicas, que tienen un valor fundamental para las religiones proféticas.

Otra forma de estudiar la teología bíblica se conoce como el «método confesional», e intenta poner de relieve la importancia de la fe cristiana y sus valores al estudiar el AT. En esa metodología se reconoce que leemos el AT o la Biblia hebrea como creyentes cristianos, y que debemos interpretar esos documentos fundamentados en las doctrinas cristianas básicas, no en los méritos propios de la literatura hebrea antigua. Una preocupación en torno a esta metodología, es la posibilidad del anacronismo histórico, al leer la teología y los valores de la iglesia cristiana en las narraciones hebreas antiguas.

El «método transversal» es una forma adicional de estudiar la teología bíblica, que identifica los procesos y eventos históricos que se encuentran subyacentes en las experiencias religiosas del pueblo. Su propósito básico es descubrir las creencias fundamentales de los escritores bíblicos, según los diversos períodos, para descubrir las relaciones teológicas e históricas entre el AT y el NT. De acuerdo con esta metodología, el principio teológico rector de las Escrituras en el pacto o alianza que Dios estableció con su pueblo. Lamentablemente esta metodología no explica algunas secciones importantes de la Biblia hebrea, como por ejemplo la literatura sapiencial.

De acuerdo con el «método diacrónico», los estudiosos deben de antemano reconocer la complejidad inherente de las Escrituras, y afirmar la naturaleza, variedad y extensión de las tradiciones bíblicas. Se analizan las narraciones históricas y proféticas del pueblo de Israel, para descubrir sus comprensiones de Dios, del mundo, la historia, la naturaleza, el futuro, la esperanza. De esta forma, el estudio toma en seria consideración la naturaleza kerigmática de la Biblia, pues identifica las confesiones más importantes y los credos hebreos antiguos fundamentales.

Esta metodología, que es muy importante en el estudio bíblico, ha sido muy criticada, pues es incapaz de identificar un núcleo básico y fundamental que revele el tema prioritario en las tradiciones bíblicas. Esa ambigüedad, hace que la aplicación de este método sea complicado e inefectivo. Aunque algunas de sus contribuciones a la comprensión de la Biblia han sido extraordinarias.

El «método canónico» tiene como objetivo básico hacer una reflexión teológica del AT en su contexto canónico. Fundamenta su análisis en los libros bíblicos que realmente tenemos a nuestra disposición, pues no contamos con las tradiciones orales previas ni con los documentos precanónicos antiguos. Su afirmación prioritaria es que no podemos fundamentar la teología bíblica en las especulaciones académicas abstracta, sino en los documentos que realmente poseemos.

Este método toma seriamente en consideración los temas del AT que se citan en el NT, analiza la totalidad del mensaje escritural, y reconoce la importancia de que la gente de fe le ha dado a los documentos bíblicos. El mayor desafío de esta metodología, sin embargo, es que el movimiento entre los testamentos no es siempre claro, suave y continuo, pues las diferencias teológicas, históricas, culturales, políticas, sociales y espirituales no pueden ignorarse.

El método que nosotros utilizamos para estudiar la teología bíblica en este libro, le da prioridad al concepto de Dios y discute cómo esas convicciones antiguas en torno a la divinidad de Israel, se van manifestando en las diversas percepciones del pueblo. Esa comprensión nos permitirá actualizar los mensajes que se desprenden de sus enseñanzas.

Esta metodología nos permite acercarnos al texto bíblico desde una perspectiva canónica, a la vez que respetamos las categorías teológicas de los escritores originales. Además, identifica las categorías teológicas y temáticas que tienen virtudes pastorales, educativas y homiléticas para la comprensión, el disfrute, así como la aplicación del mensaje de la Biblia.

4. Conceptos de Dios

La lectura cuidadosa de las Sagradas Escrituras revela una serie de vectores teológicos que pueden darnos algunas pistas para comprender mejor la divinidad que se revela en la Biblia. Esos vectores, ejes, tendencias o teologías se manifiestan en la Biblia hebrea, y también en el NT.

Entre esas ideas fundamentales en torno al Dios bíblico, se puede afirmar que es creador, liberador y santificador; además de que establece pactos con la humanidad. Esas tendencias teológicas importantes, presuponen que el Dios que revela sus virtudes y poder en las Sagradas Escrituras, es soberano, eterno y vivo. Ese tipo de divinidad, que interviene de forma decidida en medio de la historia humana, tiene nombre propio, y en el análisis de su nombre, se pueden descubrir aspectos básicos y fundamentales de su naturaleza.

a) *El Dios soberano*

La afirmación teológica fundamental en la Biblia es que Dios es soberano. Esa gran declaración le brinda a las Escrituras un claro sentido de dirección, coherencia y unidad. Una lectura inicial de los testimonios sagrados pone claramente en evidencia que todo lo que existe es una manifestación extraordinaria y expresión formidable de su voluntad. Ese descubrimiento y aceptación teológica, es la que incentiva la adoración y el reconocimiento divino.

La Biblia no trata de explicar la naturaleza divina ni intenta probar su existencia, aunque se pueden encontrar algunos pasajes y mensajes que podrían utilizarse para responder a estas importantes inquietudes filosóficas, por ejemplo: en torno a las pruebas cosmológicas (Sal 19.1; Is 40.21), las pruebas teológicas (Sal 8.5-7; 104.25; Jer 14.22) y las pruebas morales (Gn 31.42; Sal 94.10).

El Dios soberano crea los cielos y la tierra, libera a los hijos e hijas de Israel de las tierras de Egipto, y también los lleva a la Tierra Prometida. Ese Dios acompaña al pueblo por el desierto y la historia, y llega hasta el exilio en Babilonia para poner de manifiesto su poder liberador. Mediante sus emisarios, los profetas, revela su palabra desafiante y amonestaciones al pueblo y sus líderes, para que entiendan las implicaciones éticas de la revelación divina en el Sinaí.

En efecto, el Dios que se revela con soberanía, autoridad y virtud en las Escrituras, pone de manifiesto su poder extraordinario en medio de las vivencias cotidianas del pueblo, y apoya especial y decididamente a la gente en dolor, necesidad y angustia. Si el pueblo de Israel es particularmente escogido y seleccionado por Dios, es principalmente por su naturaleza frágil, por su condición de esclavo en Egipto, y por su experiencia de cautiverio y opresión bajo las políticas esclavistas y discriminatorias del faraón.

b) El Dios eterno y vivo

Ese Dios soberano, que pone de manifiesto su poder sobre la historia, la naturaleza, el cosmos, las naciones y los individuos, también es eterno. Ese sentido y característica de eternidad se pone de relieve en la afirmación: «Antes que nacieran los montes y se formaran la tierra y el mundo. Desde el siglo hasta el siglo, tu eres Dios» (Sal 90.2). Este texto pone claramente de manifiesto la unidad entre la soberanía divina y su eternidad.

De acuerdo con el salmista, el Dios soberano existe desde antes de la creación. Ese singular sentido de eternidad, se relaciona íntimamente con la vida, que es una característica fundamental e indispensable en la teología bíblica. En efecto, el Dios soberano y eterno está vivo, afirmación teológica que no pueden hacer los ídolos antiguos ni las divinidades locales en el Oriente Medio antiguo. La eternidad divina se fundamenta en la vida, que es una manifestación clara de su deseo de intervenir en medio de la historia humana.

Lo que distingue particularmente al Dios bíblico de los panteones regionales antiguos, por ejemplo, es su vida. Esas convicciones profundas

se ponen en evidencia clara en las reflexiones teológicas de varios profetas. Jeremías, por ejemplo, critica a las divinidades extranjeras por su impotencia y falta de vida (Jer 10.9-10); y en el libro de Isaías esa crítica llega a niveles literarios y teológicos extraordinarios, pues esas divinidades no tienen la capacidad ni el deseo de comunicarse con la humanidad ni mucho menos tienen la capacidad de intervenir en la historia (Is 45.21-22).

Como el tema de la vida de Dios manifiesta gran importancia espiritual en la Biblia, se articula en un lenguaje simbólico, poético, descriptivo y antropomórfico. Estas formas figuradas de hablar en torno a Dios no son expresiones teológicas primitivas ni mucho menos poco sofisticadas, sino una extraordinaria expresión polivalente y metafórica para poner de manifiesto la relación íntima entre la vida humana y la existencia divina.

Dios es soberano

La afirmación teológica fundamental en la Biblia es que Dios es soberano. Esa gran declaración le brinda a las Escrituras un claro sentido de dirección, coherencia y unidad. Una lectura inicial de los testimonios sagrados pone claramente en evidencia que todo lo que existe es una manifestación extraordinaria y expresión formidable de su voluntad. Ese descubrimiento y aceptación teológica, es la que incentiva la adoración y el reconocimiento divino.

Una de esas afirmaciones teológicas de importancia capital en las Escrituras, se incluye en el Salterio: El salmista exclama asombrado: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo...» (Sal 42.1-2a).

En este poema se pone de relieve el clamor humano por un tipo de divinidad que supera las expectativas religiosas de la época. El Dios aludido no puede limitarse a las dinámicas tradicionales del panteón antiguo, sino debía poseer una característica teológica y existencial única: la vida. ¡Y esa vida supone interacción, la capacidad de comunicación, el deseo de intervenir!

La «vida divina» se expresa en un lenguaje poético que representa al Dios soberano y eterno. Esa vida es la característica teológica

indispensable y fundamental en la presentación del Dios bíblico. Por esa razón, el poeta exclamaba: ¡Mi alma tiene sed del Dios vivo!

En esa tradición literaria y poética, Dios «habla» (Gn 1.3), «escucha» (Ex 16.12), «ve» (Gn 6.12), «siente» (1 S 26.19), «ríe» (Sal 2.4) y «silva» (Is 7.18). Además, ese Dios viviente cuenta con los órganos adecuados y los sentidos necesarios para implantar su voluntad; Por ejemplo: tiene «ojos» (Am 9.4), «manos» (Sal 139.5), «brazos» (Is 51.9), «orejas» (Is 22.14) y «pies» (Neh 1.13). En la descripción de sus acciones, también se utiliza ese mismo idioma figurado; Por ejemplo: «cabalga sobre las nubes» (Dt 33.26), «cierra la puerta del Arca de Noé» (Gn 7.16), desciende del cielo (Gn 11.7) y es «varón de guerra» (Ex 15.3).

Las manifestaciones de la vida de Dios, que utilizan ese tipo de lenguaje poético y antropomórfico, sirven también para revelar los sentimientos más profundos de Dios; por ejemplo: «alegría» (Sof 3.17), «náusea» (Lev 20.23), «arrepentimiento» (Gn 6.6) y «celo» (Ex 20.5). Este singular idioma humano para referirse al Dios soberano, eterno y vivo, tuvo sus límites en la ortodoxia, pues los escritores bíblicos no imaginan ni presentan a la esposa o compañera de Dios, ni se sienten en libertad para producir sus imágenes.

c) *Los nombres de Dios*

El Dios bíblico necesitaba un nombre propio que representara su esencia soberana, eterna y viva. El estudio cuidadoso de los diversos nombres relacionados con el Señor, puede ayudarnos a comprender mejor la naturaleza y poder divino que los representa.

La vida divina

La «vida divina» se expresa en un lenguaje poético que representa al Dios soberano y eterno. Esa vida es la característica teológica indispensable y fundamental en la presentación del Dios bíblico. Por esa razón, el poeta exclamaba: ¡Mi alma tiene sed del Dios vivo!

En la cultura hebrea antigua, los nombres representaban la esencia misma de las personas que los llevaban (véase el caso de Nabal, que significa «insensato», 1 S 25.25). Carecer de un nombre era estar desprovisto de significado en la vida, pues el nombre poseía una especie de mística que se relacionaba íntimamente con la persona. Conocer el nombre era

equivalente a poseer y controlar a esa persona, era sinónimo de tener poder sobre ella. ¡Quien nombraba, ejercía poder y autoridad sobre lo nombrado!

Respecto a las divinidades, conocer sus nombres era importante y necesario en la antigüedad, pues no se podía invocar efectivamente a una divinidad desconocida, pues no había proceso de comunicación y conocimiento. Por esa razón, Moisés le preguntó directamente a Dios por su nombre, de acuerdo con el relato de la revelación divina en la zarza, en el monte Horeb (Ex 3). En ese contexto extraordinario de teofanía inefable y especial, Dios revela su nombre a Moisés: «Yo soy el que soy», y «Yo soy», y además, relacionó el nombre personal divino, Yavé o Jehová (en las versiones de Reina-Valera), con el Dios de los antepasados: Dios de Abraham, Isaac y Jacob (Ex 3.14-15).

Yavé es siempre el nombre propio del Dios bíblico; la evaluación de su significado, se descubre de las siguientes formas. En primer lugar, el nombre puede proceder de la expresión antigua Yah (Sal 147.1), que es una exclamación de adoración que manifiesta reconocimiento, aprecio, temor, reverencia, aceptación. La segunda teoría lingüística respecto al nombre divino relaciona a «Yah» con el pronombre personal para obtener la expresión «Yahu», que significaría, en tono de exclamación, «Oh, es él». Además, esa es una expresión onomatopéyica del trueno, que se asociaba a la idea antigua de Dios (2 R 2.14; Jer 5.12).

El uso de las cuatro vocales divinas, el llamado tetragrama (YHWH) es una forma imperfecta de la raíz verbal «*hwh*», que en árabe se relaciona con la idea de soplar. De esa forma se transmite la idea del Dios que sopla o el «Dios de las tormentas, truenos y relámpagos», que es una idea importante en las culturas del desierto.

Inclusive, la raíz hebrea «*hwh*» se puede asociar con las ideas de «ser», «existir» o «acontecer». Posiblemente esa es una interpretación importante del significado del nombre personal divino. Yavé, desde esta perspectiva, significa el que es, el que existe, el que hace acontecer las cosas, el eterno, el que interviene, el que se manifiesta, el que actúa, el que estará presente siempre. Una posible traducción adecuada del nombre divino puede ser «El Eterno».

Sin embargo, la comprensión de las complejidades y extensión del nombre divino, no puede estar fundamentada únicamente en el análisis lingüístico. Se requiere la ponderación teológica para penetrar en el amplio y profundo significado del nombre del Señor. Por esta razón, es importante evaluar algunas de las diversas formas literarias compuestas del uso del nombre divino, pues nos permitirá comprender su amplitud teológica.

Entre esos nombres divinos se encuentran los siguientes: Yavé, Dios de los patriarcas y matriarcas (Ex 3.14-15); Yavé Tsebaot, o Señor de los ejércitos (¡aparece en más de 279 ocasiones en el AT!); y Yavé rey (Is 6.5). En la presentación compuesta de esos nombres se revelan las tendencias teológicas de quienes los utilizaban. En el primero (Yavé, Dios de los patriarcas y matriarcas), se destaca la revelación a los antepasados del pueblo y las promesas divinas; en el segundo (Yavé Tsebaot) se afirman las victorias extraordinarias del Señor en los procesos de liberación de Egipto y en la conquista de Canaán; y en el tercero (Yavé rey) se pone en evidencia la soberanía divina.

5. Algunas implicaciones contextuales

Como este libro se escribe desde una perspectiva pastoral y latinoamericana, la contextualización de los temas teológicos cobra una dimensión nueva, pues no constituyen un extra optativo en la intención del autor. La Biblia hebrea es de vital importancia para las tareas ministeriales, pues entre sus páginas y enseñanzas se encuentran mensajes de gran importancia teológica, ética, moral, espiritual y pastoral. Temas, por ejemplo, como la teología de la creación, que permite a las pastoras y pastores exponer el importante tema de la ecología, la integridad de la creación, la salud ambiental y el respeto a la naturaleza. Narraciones como la liberación de Egipto, facilita los procesos educativos que incentivan y promueven la existencia digna, renovada y transformada, así como la vida sin cadenas, que amarren los sentimientos, las voluntades, los anhelos y las decisiones individuales y colectivas, personales y familiares, nacionales e internacionales.

El estudio sobrio y serio de los nombres de Dios, no solo pone de manifiesto la naturaleza divina, sino que afirma las experiencias, los sentimientos y las expectativas de los adoradores. La gente de fe llama a Dios de acuerdo con sus necesidades inmediatas. Cuando las personas recurren al Dios liberador, es que se sienten cautivas; cuando llaman al Dios sanador, es que enfrentan alguna enfermedad; y cuando reclaman la intervención del Dios eterno, es que sienten su pequeñez y fragilidad. En efecto, el uso de los nombres divinos es un magnífico indicador de las vivencias y las teologías del pueblo de Israel, y también puede ser un buen puente para la contextualización del mensaje bíblico.

Esta obra introductoria al AT también toma muy en serio las lecturas y comprensiones bíblicas de los diversos pueblos en la Tierra Santa. Desde las ciudades milenarias y de gran significación histórica

y espiritual, como Jerusalén, Nazaret y Belén, la lectura de la Biblia hebrea cobra dimensiones noveles, inusitadas y extraordinarias. Los creyentes de estas ciudades y regiones del mundo, pueden contribuir positivamente a los procesos educativos que ayuden a las iglesias del resto del mundo a comprender las implicaciones políticas y sociales de las interpretaciones bíblicas.

Por el conflicto palestino-israelí, algunos creyentes del Oriente Medio han relegado la lectura del AT a un segundo plano. Piensan que esas narraciones hebreas antiguas solo tienen que ver con el pueblo de Israel, como han sido interpretadas por la mayoría de los religiosos judíos, y también por algunos cristianos que favorecen al Estado de Israel de forma acrítica. Esas dinámicas sociopolíticas, que se fundamentan en interpretaciones parcializadas de las Escrituras, han producido reacciones que afectan adversamente la vida de las iglesias y los creyentes en la región.

La verdad teológica fundamental e impostergable es que las interpretaciones de las Sagradas Escrituras que tienen la intención de cautivar, oprimir, desmerecer y ofender a cualquier sector de la sociedad, no hacen justicia al corazón del mensaje divino que se pone de manifiesto con claridad en el AT. Los oráculos de los profetas tenían el propósito claro y definido de afirmar la paz y promover la justicia, además llamaban al pueblo a la fidelidad y al arrepentimiento. Las recomendaciones y enseñanzas de la literatura sapiencial incentivaban la vida responsable, digna, noble, grata y justa. Las narraciones del éxodo ponen claramente de relieve, algunas características fundamentales de Dios: El Señor no se alegra de la cautividad de las personas, así como no ve con buenos ojos las acciones discriminatorias y opresoras de los faraones de todas las épocas, los pueblos, las culturas y las religiones.

Uno de los criterios más importantes al estudiar el AT o la Biblia hebrea es identificar los valores que dan sentido de cohesión y que sobresalen como temas recurrentes y fundamentales en sus narraciones. Uno de esos conceptos es la justicia, principio rector que se desprende de la lectura de las Escrituras. Desde los primeros relatos de la creación en el libro de Génesis, hasta los importantes mensajes de los grandes profetas de Israel, la teología bíblica destaca y afirma la importancia de la justicia, pues esa es una de las características básicas del Dios bíblico.

Fundamentado en esos importantes conceptos teológicos, como por ejemplo la justicia, Jesús de Nazaret comenzó su misión pedagógica en Galilea, que lo llevó hasta la ciudad de Jerusalén con un mensaje de renovación espiritual y transformación social. Aunque le costó la vida, sus enseñanzas, palabras y acciones continuaron vigentes en las tareas

apostólicas de los primeros predicadores y predicatoras de la iglesia, además de que se mantienen efectivas en los ministerios contemporáneos que han decidido ser fieles a la revelación divina.

El ejemplo de Jesús, que estudió con detenimiento las enseñanzas bíblicas, en el hogar y la sinagoga, es de vital significado, tanto para creyentes latinoamericanos como los del Oriente Medio, particularmente en Israel y Palestina. En medio de una reunión en la sinagoga de Nazaret, se levantó a leer el texto bíblico, y explicó el mensaje que se encuentra en al libro del profeta Isaías (Is 61.1-3). En efecto, el Espíritu del Señor lo había ungido para anunciar una nueva época, y para proclamar un nuevo año de liberación, paz, restauración, renovación y vida.

La misión de Jesús

Fundamentado en esos importantes conceptos teológicos, como por ejemplo la justicia, Jesús de Nazaret comenzó su misión pedagógica en Galilea, que lo llevó hasta la ciudad de Jerusalén con un mensaje de renovación espiritual y transformación social. Aunque le costó la vida, sus enseñanzas, palabras y acciones continuaron vigentes en las tareas apostólicas de los primeros predicadores y predicatoras de la iglesia, además de que se mantienen efectivas en los ministerios contemporáneos que han decidido ser fieles a la revelación divina.

II

LOS LIBROS DE MOISÉS

*Ahora, pues, si dais oído a mi voz
y guardáis mi pacto,
vosotros seréis mi especial tesoro,
sobre todos los pueblos,
porque mía es toda la tierra.
Vosotros me seréis un reino de sacerdotes
y gente santa.
Éxodo 19.5-6*